Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXII — San José, Costa Rica — 1931 — Sábado 13 de Junio — Núm. 22

Año XII. No. 542

SUMARIO

Un transeúnte .... *Azorín*
La juventud en el Poder ....
Una charla con Gissing .... *Rafael Estrada*
Canales interoceánicos: Panama, Nicaragua .... *Salomón de la Selva*
La falsa estampa .... *Gabriela Mistral*
Sinfonías del trópico .... *Flavio Herrera*
Bananos y hombres (3) .... *Carmen Lyra*
Un retrato y tres dibujos .... *Oliver Shaw*
Del traductor de *Gog* .... *Mario Verdaguer*
Las máscaras .... *Giovanni Papini*
Homenaje a la España profunda .... *Jean Cassou*
Una idea más... Una antología .... *Víctor Manuel Cañas*
Poesías .... *Julio Mercado*
El cuento del hombre que tuvo un ojo de cerdo .... *Juan del Camino*
Cuidado se sacrifica otro Solón .... *Persiles*

Un transeúnte

= De *La Prensa*, Buenos Aires =



Uladimir Illitch Oulianov o Nicolai Lenin

Lector, si te place, vamos a dar un paseo; un paseo por París. Ya hemos tomado un ligero taxímetro; ya hemos recorrido muchas calles y muchas plazas; ya estamos un poco cansados de caminar vertiginosamente. Echamos pie a tierra; queremos desentumecernos las piernas; nos agrada andar un rato descuidados, observando las cosas y los hombres. Llegamos a una callejita; no tiene nada de notable esta vía; está apartada del centro de la gran ciudad; poca gente transita por ella; las casas son vulgares; las ventanas, como todas las ventanas de casas pobres; en los zaguanes no vemos tampoco nada de particular. La calle, en suma, es anodina; pero, querido lector, tú lo sabes; estas calles anodinas tienen su encanto; no hay en ellas cosas extraordinarias; no se ven en sus edificios primores de arquitectura; mas esta anodinidad, esta apariencia vulgar, nos atraen profundamente. Buscamos, por debajo de lo vulgar, la vida cotidiana; la vida de los millares y millares de hombres que trabajan y sufren; las vidas llenas de dolores callados, silenciosos, y de las raras, menguadas, escasas alegrías. Subamos por la escalera de una de estas casas; la escalera es angosta; sus tramos son pinos; vamos subiendo y vemos puertas de cuartos estrechas, vulgares también. Nos detenemos ante una de estas puertecitas; llamamos con discreción; nos abren; entramos. Tenemos ante nosotros un pasillito; a un lado se abre una puerta; la trasponemos; penetramos en una estancia; entre estas cuatro paredes, se acomoda una ancha mesa; al lado de la mesa, una silla; silla tosca, ruda. Al lado de una de las paredes, un diván. Este es todo el menaje. Lo observamos todo con atención; la mesa está cubierta con un tapete de hule negro; siendo negro, cuando cae alguna mancha de tinta, no estropea el tapete. Porque en esta mesa se escribe mucho; se escribe sin parar. Los libros que están amontonados sobre la mesa, sobre el diván, en los rincones, nos indican que en este cuartito vive alguien que trabaja con el cerebro. Una puerta que se abre en el fondo, da paso a una alcoba; en su ámbito se ven dos camas de hierro. Si volvemos al pasillo y continuamos avanzando, entraremos en otro cuartito más angosto que el que hemos visto; en él hay otra cama. Y al fondo del corredor, la cocina; cocina que sirve también para que coman en ella los moradores de la casa. Y ha concluído la reseña de esta pobre y humilde morada.

¿Quiénes viven en esta casa? En la calle, antes de entrar, hemos visto a un hombre sin americana, con las mangas de la camisa arremangadas; estaba arreglando algo que se había descompuesto en una bicicleta. Al pasar nosotros junto a él, ha levantado la cabeza y nos ha mirado. En los ojos de este hombre hemos creído ver algo que no hemos visto en otros ojos; había en la mirada de este hombre un fulgor especial, un relampagueo de energía sobrehumana y de penetrante inteligencia. En el cuartito que acabamos de visitar, vive este ciudadano que está arreglando en la calle su bicicleta, su mujer y la madre de su mujer. Los tres y la bicicleta; los tres y un ramo de flores; los tres y los libros; los tres y las amistades caras, dilectas, que el hombre, su mujer y la madre de su mujer mantienen con camaradas que ven todos los días y que a veces vienen a visitarlos. Y estos son los tres signos, digámoslo así, bajo los cuales se desenvuelve la vida de este ciudadano; la bicicleta, las flores y los libros. Los libros como representativos del trabajo mental. Cuando se anuncia la primavera, todos los años, lo primero que hacen en esta casita es sacar unos sombreros viejos; la mujer joven saca de un cajón un sombrero de paja; la anciana saca otro sombrero; el hombre no saca ninguno; lo que hace es echar mano de un frasquito de bencina y limpiar con cuidado los manchones de su hongo. En tanto realiza esta operación el ciudadano, las mujeres van dándole barniz a sus sombreros de paja. Las dos operaciones son de suma importancia. La bencina para el hongo y el barniz para las pamelas, son de una trascendencia incalculable. Con estas operaciones se da por comenzada la primavera. Y con la entrada de la primavera, salen a luz las bicicletas; porque son dos las bicicletas que hay en esta casa: una la del hombre y otra la de la mujer joven. Y si la anciana pudiera

...rtefactos, también correría, al ...buen tiempo, hacia el campo, ...aire libre, de silencio, de paz ...La pasión del marido y de la mujer son las flores; las flores silvestres; flores frescas, lozanas, cogidas en los bosques y en los lindes de los caminos, y traídas en un oloroso manojo, pendiente de la bicicleta.

Después de unas horas de esparcimiento en el campo, el ciudadano que hemos visto se entrega al trabajo; y se entrega de un modo decidido, entusiasta, fervoroso. Nada le distrae de su labor; acodado a su mesa cubierta de hule negro, escribe durante horas y horas. De cuando en cuando, se detiene para leer un rato o compulsar una cita. La anciana, muchas veces le reprende cariñosamente; le dice que es una locura el trabajar tanto, con tanto ardimiento; los camaradas intentan también llevárselo para distraerlo; pero él no atiende a razones; sólo al llegar la primavera, cuando la bencina y el barniz han hecho su oficio; sólo entonces saca la bicicleta de su escondrijo y se da los grandes paseos. Sobre la mesa, entre los libros, las flores silvestres que han sido traídas del campo. ¡Cuántas veces se acordará en su vida este hombre de las flores que él cogía en sus paseos por la campiña parisiense! Las flores están allí, sobre la mesa, en tanto que la pluma va corriendo rápida por las cuartillas. Todos los días, este ciudadano escribe un artículo; él mismo lo lleva al tren que ha de conducirlo muy lejos; pudiera hacer otro este menester; pudiera el artículo ser depositado en un buzón de las calles; pero nunca ha consentido este hombre en separarse de sus cuartillas. Con el pliego en el bolsillo, va rápidamente, en el metropolitano, hasta la estación del Norte; él ha calculado ya el tiempo que es preciso para llegar a la estación diez minutos minutos antes de la salida del tren. Matemáticamente, todos los días arriba a la estación con esa antelación de los diez minutos y deposita la carta en la estafeta. Le han dicho a este hombre que si él se aviniera a mandar su artículo a la estación con persona de confianza, todo ese tiempo que él emplea en ir a llevarlo, pudiera emplearlo en tomarse un ligero y reparador esparcimiento. Pero él es un poco tozudo; no accede a las súplicas de la mujer joven, su mujer, de la mujer anciana, su suegra, y de los amigos. En una ocasión, los camaradas han tramado un complot; uno de ellos ha dicho que precisamente él, ese día, iba a la estación del Norte, y que, por lo tanto, podría llevar el artículo. El ciudadano ha accedido; como tenía este rato libre, los demás amigos se lo han llevado a un teatrillo donde canta un cancionista obrero. Embelesado ha permanecido escuchando el ciudadano las canciones populares, obreras, de este cantor; tanto le ha gustado el obrero cantor, que después de la función ha entrado al escenario y ha estado conversando larga y cordialmente con él. El tiempo pasaba grato; las cuatro de la madrugada eran cuando el ciudadano se ha retirado con los amigos a su casa; a esta casita en que está el cuarto con la mesa cubierta de hule negro; mesa en que tanto y tanto él trabaja.

Y no es sólo este trabajo de escribir libros y artículos; no es sólo la lectura y la escritura lo que le da que hacer. El trato con los camaradas se lleva mucho tiempo también. En Paris viven muchos compatriotas del ciudadano; continuamente están llegando, del remoto país, gentes que tratan de acomodarse en la capital de Francia; todos acuden a nuestro hombre; todos le piden consejos, recomendaciones, auxilios, confortación espiritual. En París se publica también un semanario; lo publican estos emigrados que arriban de la lejana patria. Nuestro ciudadano ha de atender asimismo a la redacción y confección del periódico. No se pierde detalle; está en todo; si no tuviera esta condición rara, rarísima, de tener presentes todos los pormenores, no sería lo que es. Muchas veces, por ejemplo, ha recomendado a los compañeros que envían sus artículos al periódico, que escriban con letra clara, que escriban de modo que los tipógrafos entiendan bien la letra. Así, ahorrarán trabajo a los cajistas y la composición se hará más rápidamente.

Tener pasión por la flores y no amar a los niños, no puede ser. Alguna vez nuestro ciudadano se permite pasear un ratito por un parque: el de Montsouris. En cuanto le ven llegar los niños, ya están rodeándole; no le dejan; le hacen mil preguntas; le piden que arregle sus juguetes rotos; claro, que un hombre que sabe componer una bicicleta ha de saber también componer una muñeca o un balón. Y no duda nuestro hombre en arreglar los desavíos de los juguetes que le presentan sus amiguitos. Los cuales le quieren, le adoran por su afabilidad y por su solicitud.

Un día, el ciudadano ha tomado su sombrero. Va a salir de casa; no pasa nada.

—¿Dónde vas?—le pregunta su mujer.

—Vuelvo en seguida—replica él.

Las horas trascurren; los días se suceden; las semanas se desvanecen. El ciudadano no ha vuelto a su cuartito; se recibe una carta. La carta es de Alemania; allí está nuestro hombre. Es una cosa rara; hay algo de misterioso en esta vida que no comprenderás todavía acaso, lector; este hombre es, en 1910, un simple transeunte en París; pero andando el tiempo, dentro de pocos años, este simple ciudadano ha de realizar en Europa, en la más grande de las naciones europeas, una obra trascendental, honda, intensa; una obra que no tendrá precedentes en la historia; una obra que será el comienzo de una nueva era. Este hombre que se halla arreglando la bicicleta en la calle, con las mangas de la camisa arremangadas, se llama Uladimir Ilitch Oulianov, por otro nombre, Lenin. Y en un librito que acaba de publicarse, *Lenin a Paris*, se cuentan estos recuerdos de la estancia en la gran ciudad del gobernante ruso, en 1910.

Azorín Madrid, 1930.

Signos de la era nueva

La juventud en el Poder

Reza un aforismo inglés de alta impertinencia que engordar es una incorrección y envejecer un crimen.

Entre los signos de la era nueva, señala un periodista londinense la juventud de algunos subsecretarios del Gobierno provisional de nuestra República.

«En España, como en los Estados Unidos, y como en el pueblo francés—escribe—, la juventud sale del juego del deporte y entra con vigor en el juego político.»

Del asalto de los jóvenes al Poder hablaba recientemente Georges Bonnet, ex ministro de la República francesa. Los jóvenes a quienes aludía estudiaban durante la guerra en el Liceo. Leían, a la vez que griegos y latinos, relatos de trincheras. Vieron cómo se hace Historia entreverando en sus anales esplendores y miserias, y hoy avanzan por la vida con seguridad absoluta.

Cuando Bonnet era joven creía, como los de su promoción, que el Gabinete agotaba patriarcalmente su largueza al asegurar 1.500 francos al inspector de Hacienda, al auditor del Consejo de Estado o al *attaché* de Embajada. Hoy los jóvenes se ríen de pritaneos tan módicos y toman su presa donde la hallan.

Entre 1920 y 1924 se reunían los «nuevos» en *L'Œuvre*, en torno de Roberto de Jouvenel y de Francis Delaisi. Quienes se hayan apasionado por las ideas de nuestro tiempo saben que Jouvenel y Delaisi habían publicado entonces dos libros de los que se hablaba mucho: *Pour l'Etat* y *Les contradictions du monde moderne.*

En el debate vehementísimo que las doctrinas de Delaisi promovieron, España no se inhibió. Escritores de autoridad, a quienes las señales de su época no sorprenden dormidos, intervinieron aquí y en Bilbao en la polémica.

Parece que en *L'Œuvre* hombres sin la primera cana afrontaban con calor los grandes temas públicos: deudas interaliadas, reparaciones, estabilidad del franco, reconstrucción del Estado moderno, sindicalismo, etc., etc. Los contendientes de entonces, instalados confortablemente en la vida, se preguntan: ¿Qué nos falta? Todos responden a una: «El Poder. Tenemos un lugar preeminente en las finanzas, en la Administración, en la diplomacia, en la cátedra, en el periodismo. Eso no quiere decir sino que estamos maduros para el mando. Nuestro programa es sencillo como «los

buenos días, o las buenas noches». Todo se reduce a rejuvenecer a los jefes y a rejuvenecer los métodos. Pero tenemos, en verdad, prisa».

Georges Bonnet citaba a los que se impondrán irresistiblemente: a Ancelle, a Roch y a Luchaire, no sin hallarles precursores. «Este mismo deseo—escribía —fué formulado por hombres que hicieron la guerra y que no son jóvenes ya. Germain, Riou, Dominique y Bonardi, en *Paris Phare;* Cassine y Malherbe, en *La Revue de Vivants*, y Valois y Arthuys, en *Le Nouveau Siècle*, lo expusieron cada cual a su manera y según su temperamento.»

El ex ministro que cabalga entre dos edades no se incluye entre los precursores; pero la moneda de su juego, la que está en el aire, la fortuita, es la del mañana.

«¿Por qué—se pregunta—el equipo de hombres que había gobernado el país desde 1894 conservó el Poder de 1920 a 1928 con los mismos métodos que hace treinta años, lo mismo con la Cámara del Bloque Nacional que con la del «cartel»?

No es fácil en nuestro sentir, que las cosas queden en Francia como están. Esos jóvenes han acreditado el buen diente en la vida, y ahora lo van a acreditar en el Poder. En la juventud española, tan desganada hasta hace poco del mando, estas voces francesas hallan eco.

«Da l'ardore l'ardire...» Del ardor juvenil salen el deseo de excelencia y la osadía.

De linaje tan noble como la pasión de amar o la pasión de saber es la pasión de sobresalir. La juventud que combate por el poder del honor es justo que combata por el honor del Poder. La juventud es ciertamente un signo en la era nueva, que la República ha abierto bajo los mejores auspicios.

(*El Sol.* Madrid.)

Una charla con Gissing

= *Envío del autor* =

Para ***Persiles***, de cuyas dedicatorias ya sabe que me encuentro libre, y para Rebecca Kaye, cuyo corazón tiembla siempre de amor hacia estos pueblos oprimidos de Nuestra América.

Agradezco a Salomón de la Selva el haber conocido a este gran sabio inglés, refugiado, según él dice, bajo la paz espiritual de Costa Rica.—Quise verlo en su estudio unos cortos instantes y me quedé en su casa toda la tarde.—¡Conversamos de tantas cosas!

Tomando café se refirió con cariño a Salomón y me dijo: —Dígale que venga; aquí le tengo preparados unos recortes de *The New York Times*, del 26 de Abril, que creo que no ha visto, porque de lo contrario ya habría venido a conversar conmigo. Salomón viene a desahogarse siempre aquí conmigo.

Gissing da la sensación de un patriarca, pero al tratarlo, el impulso juvenil del viejo lo hace a uno no respetar sus barbas blancas, sus cabellos blancos, ni sus profundas miradas imperiosas: porque, es tan clara su visión del mundo, habla con tanto cariño y naturalidad de todos los asuntos del mundo, que en el acto sentimos, a la par de Gissing, la vuelteta de una infantil camaradería.

Cuando estuvimos en el jardín había cesado la llovizna y estaba la tierra negra.

—Esta tierra es sensual, me dijo Gissing: esta tierra mojada me recuerda siempre a las mozas que veía, en mi juventud, pescando en el Támesis: llenas de vida y dispuestas a multiplicar el mundo entero para hacer de él un Paraíso!

El viejo traía en sus manos un periódico y con él me señaba sus flores y plantas predilectas: está encantado de las plantas tropicales. «Me infunde vida esta vegetación, me infunde vida, solía repetirme; aquí voy a ser capaz de vivir otros setenta años: esto no habría podido nunca sentirlo en Inglaterra».

Gissing se refirió a la literatura inglesa y yo lo escuchaba con deleite, cuando me sorprendió verle sacar no sé de dónde un pañuelazo enorme, blanco, que traía escondido no pude ni podré saber dónde por sus grandes dimensiones; Gissing, animado siempre, lo desdobló en el aire, enjugó el agua de uno de los bancos del jardín, tendió el gran trapo encima y, obligándome a sentarme a su lado

—No perdamos tiempo,—me dijo; dejemos en paz a los clásicos ingleses, tan inéditos todavía como los españoles. Mire Ud.,—y abría mientras tanto el periódico—, de lo que se ocupan actualmente mis coterráneos: están discutiendo el problema de la crisis en Inglaterra. En Inglaterra discuten todavía las cuestiones sociales a base de las leyes económicas de los textos, y esas leyes son tan leyes como la Ley Seca en los Estados Unidos: sirven para enseñar tanta economía política, como la Ley Seca para enseñar moralidad a los niños yanquis. Mientras las naciones del mundo no presten seriedad a lo que está pasando en Rusia, jamás podrán resolver sus problemas sociales; ahí han roto con todas las leyes sociales conocidas en los textos de nuestras escuelas y universidades, y están teniendo éxito: es un «hecho», y es muy probable que el soviet llegue pronto a imperar en el mundo.

—¿Es Ud. bolsheviqui?,—le pregunté lleno de curiosidad al Maestro—.

—De ningún modo, hijo, me respondió Gissing: a mi edad no pueden tenerse arrestos tan extremistas. Lo de Rusia, sin embargo, debiera preocupar más a los estadistas del mundo: aún cuando el mundo entero se confabulara contra Rusia, y la destruyera, la experiencia del régimen soviet seguiría latente en todas las clases productoras de la tierra, obligando a los gobiernos a cambiar sus normas. Y a Rusia no podrán destruirla, hijo, no podrán destruirla.

Mientras allá laboran, en mi patria discuten. Vea Ud. aquí,—señalando el periódico—; mi discípulo, Sr. Phillip Gibbs le contesta al profesor francés André Siegfried, en una discusión internacional sobre la crisis en Inglaterra; voy a escribir hoy mismo a Gibbs, es un buen mozo; voy a decirle que debe olvidar mis lecciones de economía política, pues él todavía respeta mis lecciones y aquellas cosas ya dejaron de ser ciertas: así ocurre con las ciencias sociales; voy a decirle que el problema de Inglaterra no lo inte[illegible] sol[illegible] lecciones, sino con la observacio[illegible] que alienta ahora a los industri[illegible] terra.

El Maestro se extendía en c[illegible] interesantes, pero noté que el periódico que él comentaba era, precisamente, *The New York Times* del 26 de Abril. Le interrumpí para preguntarle si era sobre esas cosas sobre lo que deseaba hablarle a Salomón.

—¡Oh, no!, me respondió; es sobre esto otro.

Y traspaginando el rotativo neoyorquino, Gissing prosiguió sonriente:

—Es sobre este artículo de Leslie Buell, acerca de la política yanqui en el Caribe y en Centro América; esto va a provocar la ira de Salomón. Sostiene aquí Buell, que para los Estados Unidos esta región significa lo que Gibraltar y la península Arábiga para Inglaterra y el Norte del Africa para Francia; tiene frases encantadoras contra los gobiernos de estas repúblicas, aplicando en general a todas lo que es tan sólo un hecho aislado en algunas de ellas, y haciendo confusiones tan grotescas y cometiendo errores tan visibles, que van a provocar chisporroteos, si no estallidos, en la punta de la pluma de Salomón.

—Yo le he dicho,—continuó Gissing—, que Buell no representa el pensar de los Estados Unidos propiamente, sino el pensar comercial y, desde luego, mentiroso como el de todo comerciante. Salomón lo toma demasiado en serio al enojarse con Buell: él vale mucho más que Buell para hacer esas cosas: pero ese es su temperamento, y escribe tan entregado a lo que escribe que gusta leerlo. Debiera combatir a Buell en inglés, que tan admirablemente domina, y en su propio terreno, en los Estados Unidos. Pero él es así, y hace muy bien todo cuanto se le ocurre hacer: y hay mucho que esperar de un hombre que sabe exponer con claridad su pensamiento, cuanto ese pensamiento abarca distancias que la generalidad de las gentes no habría podido abarcar de otro modo.

Quise tomarle el periódico a Gissing a ver si dejaba de elogiar tanto a de la Selva, pero el Maestro, abriendo en toda su amplitud la página, me señaló, comentándolas jovialmente, las grandes afirmaciones «equivocadas» de Buell.

—Y lo más gracioso,—me dijo enseguida—, es que esta es la manera de pensar comercial de los Estados Unidos y va a ser, como lo está siendo, su fracaso comercial más grande. El Caribe va a ser la ruina de los Estados Unidos, moralmente, económicamente y, lo que es más grave para ellos, estratégicamente.

Allá están todavía con las doctrinas imperialistas de los imperios del mundo, tan anticuadas hoy, como Inglaterra con las doctrinas económicas. No es un axioma el que la Historia se repite; no existe una ley indiscutible que rija los destinos de los pueblos: hay siempre en estas cosas un elemento diferencial, impreciso, del cual depende todo sin embargo, y es el espíritu de los hombres,—que no puede preverse a menudo, como hoy acontece—; mientras las clases productoras se llamaron así únicamente, fué posible la aplicación de principios económicos conocidos como eficaces; hoy esas clases productoras tienen conciencia de que son un factor decisivo en la economía nacional, reclaman para sí derechos que justifican con claridad y están agitándose en la idea, que ya no podrá quitárseles fácilmente, de que son clases explotadas por minorías explotadoras: este es un hecho del cual ya no

... los ...conomistas. El espiritu ...stas grandes mayorías, ¿hasta ...sarrollarse?

...urre con la política imperialista. ...y está el mundo, pensar en puntos estratégicos desde el punto de vista geográfico, es no captar lo humano. Gibraltar fué un punto estratégico para Inglaterra para dominar el Mediterráneo: hoy día no lo es, porque Inglaterra puede colocar un ejército sobre el Mediterráneo y ponerlo en pie de guerra, mucho más fácilmente y mucho más rápidamente transportándolo por el aire, que valiéndose de sus cruceros de guerra, mucho más lentos, mucho más expuestos e incómodos, y, por muchos motivos, ya anticuados.

¿De quién pretenden defenderse los Estados Unidos posesionándose a todo trance del Caribe y de la América Central? ¿Pretenden defenderse de Europa? No vendría por aquí el ataque. ¿Pretenden fortalecer el dominio del Pacífico? La ruta del Caribe, para las potencias de Europa, es la más lejana y la más inútil para contrarrestarlo. No me explico por qué insisten los Estados Unidos en estar torturando a Centro América, con el pretexto de que tienen que defenderse estratégicamente. Y menos puede explicarse, si se contempla el frente que por el Pacífico se les presenta a los Estados Unidos, con el Japón como potencia, con la India inglesa, con la enorme China deseosa de ponerse al frente de los pueblos libres, con Rusia a pocas millas de sus costas. El panorama de los Estados Unidos al extremo oeste, muy lejos está de hacerlos pensar en estas pequeñas naciones del Caribe, ni para dominar el Pacífico, ni como punto estratégico para lograrlo.

Tengo que reirme cuando encuentro que personas como Buell sostienen todavía que el Caribe es un punto estratégico para la defensa de los Estados Unidos.

—¿Qué es el Canal de Panamá para las potencias de Europa, sino un paso abierto que no utilizarán por innecesario e inservible en caso de beligerancia?,—continuó Gissing sonriente—. Para plantar sus ejércitos en el Pacífico, tienen a su alcance el mismo Océano Pacífico: y, si necesidad hubiera de atacar el Canal, ¿de qué le servirían a los Estados Unidos sus posiciones en las Antillas, cuando las modernas máquinas de guerra podrán fácilmente burlarlas e improvisar frente al Canal un archipiélago numeroso, cada una de cuyas islas podría arrojar al aire puñados de aviones blindados de bombardeo? Ya resulta más fácil transportar un ejercito al través de la rueda de las Antillas y del Istmo de Centro América por medio de aviones que por medio de cruceros de guerra. La aviación está tomando proporciones que no han considerado los estrategas yanquis.

—Pensar hoy en puntos geográficos de estrategia militar! ¿dónde se habrá visto tan grande insensatez?—Y lo decía Gissing frotándose las rodillas risueño; y agregaba: El proyectado Canal de Nicaragua será otro fracaso, para los Estados Unidos: fracaso moral, fracaso económico, fracaso estratégico.

El Maestro quedó un momento silencioso y empezó a arrugar en la diestra el periódico, y a pegarse con él en la palma de la mano izquierda.

—No me lo arrugue mucho, le dije; ¿podría yo conservar ese periódico?

—No vale la pena, me respondió Gissing con viveza. Los jóvenes son amigos de tomar puntos de vista para provocar discusiones y escribir sobre el criterio de los demás y Ud. no es de esos: Ud. se lleva esto y lo encarpeta, y yo deseo que Salomón lo lea para que se ría de cólera.

—Oyéndole hablar, Maestro, le parece a uno tener en la mano la solución de las cosas que a uno más lo inquietan: la realidad sin embargo nos intranquiliza siempre.

—Aquí en Costa Rica, me respondió Gissing, encuentro el mejor síntoma de la libertad de un pueblo, que es el eterno descontento del pueblo. Son Uds. felices, nada les hace falta, gozan de libertades envidiables, y sin embargo nunca están contentos. Si al Padre se le ocurriera revivir el Paraíso Terrenal y convirtiera a Costa Rica en el Paraíso Terrenal, los costarricenses respetarían gustosos la prohibición de la manzana, porque son amigos de respetar las leyes; pero seguro estoy de que se quejarían al Padre por algo, que podría ser, por ejemplo, el que encontraran esa prohibión demasiado insignificante.

Me reí sabrosamente, con Gissing, después de esta ocurrencia. El Maestro enseguida se puso severo y me dijo:

—Ustedes tienen una poderosa reserva de espíritu. Pueblos como éste, acostumbrados a pensar abiertamente, sin normas ni prejuicios, son pueblos difíciles, si no imposibles de dominar. La historia de un pueblo es una norma de pensar para un pueblo, y Uds. no tienen ni siquiera historia: están apenas haciéndola, y la están haciendo a su manera feliz y abierta de pensar.

Comenzaba de nuevo a caer llovizna y el Maestro me invitó a levantarme, recogiendo el pañuelo y haciéndolo un haz con el periódico en la mano derecha, mientras caminando al interior se refirió a las traducciones de Tucídides publicadas por Salomón en el *Repertorio Americano*. Estaba la tarde bastante fría y me preguntó si me tomaría un cocktail. Sentados de nuevo en su estudio, mientras saboreaba la ancha copa, recuerdo que Gissing, bajando de los estantes gruesos tomos de recortes, me dijo, reanudando la conversación del jardín:

—Tengo ahora en la mano la discusión pública sobre los problemas eléctricos de Costa Rica; esto me mantiene en una dulce tensión nerviosa que me agrada muchísimo.—Hay en Uds. una poderosa reserva de espíritu.

Fácilmente leí, en la pasta de los gruesos tomos que bajaba el Maestro, estas inscripciones impresas: «Costa Rica. Cuestiones Eléctricas. 1930-31».—Gissing se refirió a la campaña librada por los Estudiantes de Cuestiones Eléctricas, y me dijo que se había sentido muy satisfecho de seguirla.

—Cuando me propuse venir a esta pequeña República, —recuerdo que me dijo— y empecé a estudiarla de preferencia, muchas veces me sorprendí a mí mismo soñando que ya me encontraba aquí, y en verdad lo que hacía era contemplar el mapa de Inglaterra.—Los fundadores de esta pequeña gran República fueron hombres de la más fina estirpe; pero nada tienen que envidiar Uds. en la hora presente, a la época en que sus abuelos vieron fundarse la República.

Gissing continuó, explicándose: —La Junta del Servicio Nacional de Elecctricidad es un Cuarto Poder en esta República; tiene a su cargo todo lo referente a las fuerzas hidráulicas del país, que son la mayor riqueza con que Uds. cuentan, y cuyo verdadero monto sería fabuloso calcular para un futuro cercano.—La Institución tiene la categoría de los otros Tres Poderes Públicos, y he sentido una inolvidable emoción, que me conmuevè muchísimo, al saber que está integrada por siete caballeros muy distinguidos, muy honorables, económicamente muy libres y que desempeñan sus altos cargos gratuitamente, desinteresadamente, sin otro móvil que el de servir a la Patria, sacrificando en ello su tiempo, sus intereses privados, y renunciando por austeridad que más los enaltece, a las ventajas políticas en que su actuación los ha colocado ante los ojos de los costarricenses.—Un pueblo en donde una institución de éstas es posible, tiene de modo riguroso que imponerse sobre la faz de la tierra.

Conversando en concreto sobre el problema eléctrico en Costa Rica, Gissing me habló con un conocimiento admirabe del asunto, y sólo algunas preguntas que me hizo sobre pequeños detalles, y que tuve la dicha de poder contestarle, desvanecieron algunas dudas que él había deseado aclarar.—El aspecto legal y el aspecto técnico fueron expuestos con sencilla claridad por Gissing, y es mi propósito reconstruir sus observaciones en una entrega próxima del *Repertorio*.—Hablando en términos generales recuerdo estas frases:

—La Electric Bond & Share Co. es un enemigo poderoso y agresivo.—El año pasado intentó adueñarse de Uds. por un medio muy eficaz para la dominación de un pueblo, que es el soborno de las instituciones públicas; ese ataque lo repelieron Uds. con una facilidad que parece fantástica.—Convencida de su fracaso, inició otro método para dominarlos: el engaño de la opinión pública;—el primer paso para ese fin consistió en mandarles un apoderado de la misma raza de Uds., al Dr. Salazar.—Este señor, viene y despliega su campaña en favor de las compañías eléctricas, en favor de los deseos de éstas, con publicaciones constantes en todos los periódicos, en campo pagado y con firmas anónimas y, lo que ha sido su más grave error, dirigiéndose a la Junta en tono irrespetuoso.—Esta campaña así librada habría sido eficaz para tener a la opinión pública y dominar, en otro ambiente. no en éste. —Ocho meses duró la campaña, y jamás pudo conseguir que la Junta lo tomara en cuenta en esa clase de actividades; la Junta se ha concretado a responderle por medio de su Secretario las notas de carácter oficial, y no ha tenido necesidad de tomar para bien o para mal toda la labor de prensa del Apoderado Generalísimo del trust eléctrico.—Toda esta labor ha quedado prácticamente inservible y jovialmente puesta en todo su ridículo, por los Estudiantes de Cuestiones Eléctricas, un grupo simpatiquísimo de hombres libres e inteligentes, que han tomado a broma al Dr. Salazar y entre broma y broma han expuesto claramente la verdad poniéndola en su lugar.—Ante un fracaso como éste del Dr. Salazar, yo deseara saber qué piensa Lesslie Buell de sus doctrinas de dominación económica en el Caribe.—Dígale a Salomón que venga para que hablemos de estas cosas.

... Cuando, ya entrada la noche, me ví de nuevo caminando por la calle, me pareció que venía de otros mundos, pero me sentía confortado al pisar sobre la tierra, como si Gissing viniera conmigo.

Rafael Estrada

San José. Costa Rica, junio, 1931.

Canales interoceánicos: Panamá, Nicaragua

A las preguntas del grupo I.

A la pregunta a).—La validez del Tratado Chamorro-Bryan descansa exclusivamente sobre la fuerza de los Estados Unidos. Las elecciones que llevaron al poder al Gobierno nicaragüense que negoció y aprobó ese tratado fueron hechas *ad-hoc* por marinos de los Estados Unidos. El punto es éste: ¿Puede ser válido un tratado celebrado a nombre de países libres cuando de antemano uno de los países contratantes ha perdido la libertad? Ese punto preocupaba a Mr. Elihu Root. En la celebración y aprobación de ese tratado no actuó un gobierno que legalmente representara a Nicaragua. El general Smedley Buttler, jefe de los marinos que practicaron la elección de ese gobierno, ha declarado públicamente que esa elección fué un atentado impúdico contra la libertad del pueblo nicaragüense. Sería un acto de cobardía intelectual injustificable, por consiguiente, decidir otra cosa que la invalidez del Tratado Chamorro-Bryan.

Pero no sólo por razones morales no es válido ese instrumento, sino también por razones de derecho. Al aprobar ese tratado, el Senado de los Estados Unidos le dió una interpretación que no consta en el tratado mismo. ¿Qué aprobó, pues, el Senado norteamericano? Es claro que el Senado aprobó algo muy distinto de lo que aprobó el Congreso nicaragüense, puesto que éste último no aprobó *la interpretación* del Senado. Por consiguiente, los dos cuerpos aprobaron cosas distintas; y, como para la validez de un instrumento de esa naturaleza se requiere que ambos poderes ratificadores ratifiquen idéntica cosa, resulta que no es válido este tratado.

Ni en cuanto a moral ni en cuanto a derecho es válido ese tratado.

A la pregunta b).—Si en la parte referente a la construcción del canal el tratado constituye «derechos adquiridos» o sólo «opción» no se desprende con claridad. Pero estableciendo el texto del tratado que se debe «convenir por ambos gobiernos los detalles de los terminos en que dicho canal se construya,» debe deducirse que ese tratado por declaración propia *es incompleto.* Los Estados Unidos, aún concediéndose el punto de la validez del tratado, *no han adquirido derecho ninguno para la construcción* del canal, sino sólo *han convenido en convenir* con Nicaragua «los detalles de los términos en que dicho canal se construya», y me adelanto a responder a la pregunta a) del grupo II, diciendo que se necesita un nuevo tratado ya que el que se discute no es ni opción siquiera.

A la pregunta c).— Debe establecerse de nuevo la Corte de Justicia Centroamericana, acatarse sus fallos sobre estos asuntos, y volver al *status quo ante.*

A las preguntas del grupo II.

A la pregunta a).—Se necesita un nuevo tratado, y desde luego ha de ser entre todas las partes con derechos sobre la ruta del canal y los Estados Unidos. Esas partes son Nicaragua y Costa Rica. Igualmente se necesita un nuevo tratado para lo del arrendamiento de la base naval en el golfo de Fonseca, y ha de ser entre las partes que tienen condominio de ese golfo (El Salvador, Honduras y Nicaragua) y los Estados Unidos.

A la pregunta b).— Debe pagárseles a Nicaragua y a las otras partes afectadas un justo precio. Debe tratarse con gobiernos representativos y de justa legalidad. En este sentido, sería inmoral contratar con el Gobierno de Moncada, o con cualquier otro gobierno que deba su existencia a las bayonetas norteamericanas. En el nuevo tratado deben ser puntos esenciales lo referente a la soberanía que domine la zona del canal, y lo referente a derechos de policía o hegemonía que puedan los Estados Unidos pretender ejercer en virtud de derechos adquiridos. En todo caso, conviene por ese motivo y mucho ... nuevo canal no sea del ... sivo de una sola nación si... minio de las naciones te... afectadas por el nuevo ca...

A las preguntas del grupo III.

A la pregunta a).—Aconsejo que el nuevo canal sea empresa en que participen todas las repúblicas americanas y el Canadá. Convendría que el Canal de Panamá, entrase a ser igualmente del dominio de esa empresa internacional. Se podría emitir bonos contra el costo del Canal de Panamá y del Nuevo Canal, y dividirlos entre las naciones americanas.

Con los dividendos habidos de los dos canales podríase ir cancelando esos bonos. El arreglo de esto puede ser objeto de una Conferencia Panamericana especial. Los canales serían entonces manejados por una Junta Panamericana, y, en caso de guerra, siendo interés de muchos, estarían mejor resguardados. Apenas esbozo este punto, pero me parece de suma importancia. Para la realización de un panamericanismo fructuoso, hay que unificar los intereses de las naciones americanas. El panamericanismo oficial ha sufrido mucho, hasta casi desvirtuarse del todo, por que más bien que integrar intereses de todos, ha ayudado a que se fortalezcan los intereses de sola una de las naciones de América, los Estados Unidos. La panamericanización de las vías de tránsito interoceánico del continente, puede ser una base verdadera de efectiva integración de intereses.

A la pregunta b).—No debe fortificarse ninguno de los canales.

A la pregunta c).—Los canales deben manejarse estrictamente como negocio. Ayudaría grandemente la prohibición de todo tráfico de guerra: Que sean los canales obras de paz y para sólo la paz. Un canal exclusivo de los Estados Unidos, para darle ventajas de guerra o de comercio a ese solo país sería una amenaza para los países contiguos al canal, pues los haría indefectiblemente teatro de cualquiera guerra que tuviere por objeto arrebatarles a los Estados Unidos semejantes ventajas. Lo básico de este punto es determinar que los canales han de servir a la paz y no a la guerra; han de ser garantía de paz y no provocación para luchas armadas.

A la pregunta d).—Este punto es de gravísima importancia para las masas obreras de los países contiguos al canal y para la etnología de esas naciones. Seguramente que para la construcción del nuevo canal, los Estados Unidos tendrían que importar a Nicaragua muchísimos millares de obreros negros. Nicaragua y Costa Rica están bajo inminencia de convertirse en pueblos negroides y de perder su cultura indolatina, ya que los negros que vendrían a aumentar su población serían angloafricanos de las antillas. El color me tiene sin cuidado. Me preocupa la cultura. Es preciso, si en Nicaragua y Costa Rica ha de sobrevivir la cultura que guía a sus pueblos, que a la inmi-

---

LIGA DE RECONCILIACION

(Fellowship of Reconciliation)

San José, Costa Rica,

17 de Enero de 1931.

Señor Don

....

.P

Muy distinguido señor:

Es bien probable que en el curso de este año el Congreso de los Estados Unidos trate de manera definitiva el proyecto de construcción de un canal interoceánico por Nicaragua. En redor de este asunto hay opiniones muy diversas que, en la América Latina, sería deseable cristalizar. En los Estados Unidos pesa cada vez más la opinión latinoamericana, y conviene que el Congreso norteamericano pueda, para ilustrar sus deliberaciones y llegar a una conclusión que sea justa para con el continente contar con la opinión pública latinoamericana más esclarecida, sobre los siguientes puntos o cualesquiera además de ésos que usted sugiera

I.—*El Tratado Chamorro-Bryan:*

a).—Validez de este Tratado.
b).—Interpretación de dicho Tratado.
c).—¿Cómo deben solucionarse los conflictos originados, con motivo de dicho Tratado, entre los Estados Unidos, por una parte, y las Repúblicas de Costa Rica. El Salvador y Honduras, por otra?

II.—*Un nuevo Tratado:*

a).—¿Se necesita o no un nuevo Tratado? ¿Entre quiénes?
b).—Sí es necesario, ¿cuáles deben ser sus puntos esenciales con relación:
1).—A los derechos y al bienestar de Nicaragua: y
2).—A los derechos y al bienestar de las otras Repúblicas de Centroamérica?

III.—*Cuestiones generales:*

a).—En vista de su importancia para todo el continente como vía de comunicación y transporte, ¿debe el nuevo canal ser del dominio exclusivo de los Estados Unidos de Norteamérica o empresa bajo el dominio internacional? En este último caso, ¿qué clase de dominio internacional aconseja usted?
b).—Adoptada cualquiera de las dos alternativas arriba indicadas, ¿debe fortificarse o no este nuevo canal?
c).—¿Qué estipulaciones deben establecerse referentes al tránsito por el canal?
d).—¿Cómo deben resolverse los problemas obreros, y los del comercio que presente la construcción y mantenimiento del nuevo canal?

Repertorio Americano, semanario continental generosamente ha abierto sus columnas, haciendo suya esta encuesta, para la publicación de las respuestas que se reciban y de los documentos e informaciones que puedan ilustrar la opinión para formarse juicio sobre estos problemas. Rogamos a Ud. dirigir su respuesta al Sr. Joaquín García Monge, Director de *Repertorio Americano,* San José de Costa Rica.

De usted con el mayor respeto,

por la LIGA DE RECONCILIACION,

Carlos Thomson,
Secretario en la América Latina.

del canal se le sepa asi-...tamente con los planes de ...ón del canal urgirá hacer ... educación para asimilar a ...blación que se nos echará encima.

A los intereses de Nicaragua y Costa Rica les conviene prohibir los comisariatos norteamericanos. Así, lo que perderán los nativos por la invasión de braceros, lo recobrarán en el comercio y en la producción agrícola intensificada para satisfacer las necesidades de los recién llegados trabajadores.

Salomón de la Selva

San José, Costa Rica, a 22 de enero de 1931.

La falsa estampa

=De *El Tiempo*. Bogotá=

Jóvenes bolivaristas, del más sincero bolivarismo, me han dejado ver varias veces cierto Bolívar que corre entre la masa y que siendo agradable de voltear como las monedas de oro, es moneda falsa, un Bolívar que triunfa todos los días de la semana, un Bolívar espectacular, carne de apoteósis permanente, ridícula como las ferias permanentes. Es que a los jóvenes les gusta mucho el triunfo, mala cosa, porque a causa de ello al tercer contraste con la vida rijosa y difícil se quedan ellos por allí derrengados de decepción y con la boca llena de acedia.

Las tres entradas solemnes en Bogotá, en Caracas y en Lima, cubren varios metros del fresco bolivariano, pero como el fresco de esta vida cuenta leguas, las famosas «entradas» triunfales se vuelven puras pecas de anécdotas, mejor aún tachuelas de bronce que sostienen el fresco legítimo, formado de una especie de traición segmentada e inacabable que va desde Páez hasta los septembrinos, de cien desalientos y de más angustias. Las breves complacencias de Bolívar parecen dichas violentas de alcohol que duran cuanto más la noche y donde el hombre se calienta las manos un rato, aprovechando el reposo y el resplandor para mirar a las mujeres...

Todavía más necia que esta cinta rojo-oro de entradas victoriosas es la otra de los Bolívares «señoritos». Cierto es que en el viaje por las Europas del tiempo, Bolívar que era todavía hombre de Fernando VII anduvo vistiendo mamarrachos de felpa y sombreros que él bautizaba. Ocho años le toman esas boberías; pero la galopada por la incortable cordillera, la atravesada de aguas grandes y de pantanales podridos se lleva nada menos que dieciocho años; como a nadie se le cuentan los de cuna y los de la adolescencia inconsciente, y como murió a los cuarenta y siete, las sonadas sensualidades de Bolívar ocupan ocho años, que no es lo suficiente para que este hombre se nos fije en una casaca recamada y de unos zapatos de hebilla.

Conviene sacar a lucir las siluetas que le hemos echado atrás por antojo de pintarlo en una especie de quetzal de copete y cola persas; y también, será bueno hacer salir del baúl negro y verídico las prendas desgraciadas y grotescas que pudieron ser las más nobles.

El oficial inglés anónimo habla de «la blusa hecha con pañuelos de todos los colores»; de unos pantalones blancos y rotos que le llegaban a la rodilla; de un «sombrero de hojas de palmera» y de unas «alpargatas» peoninas. O'Leary, el contador capital, habla de su comida «sin mesa» y seguramente sin servicio, a pura mano, de la aldea de Setenta, y él mismo nos ha trasmitido la bata cómica con que estaba vestido en la hamaca de Casacoina, donde no tenía ni un peso y se saboreaba la Lima virreynal como si ya la tuviese en la mano; y el último cronista, el médico francés Reverend, tuvo la feliz ocurrencia de contarnos el entierro con la «camisa ajena». Si no se la ofrece un «comedido», se acuesta con la prieta de la tierra, con la camisa del buen barro americano.

Las demás pellejerías son fáciles de imaginar. Aquel pobre cuerpo echó de sí tales sudores que comenzó en delgadez para acabar hecho una espina; las botas lustradas y tiesas con que salía a la campaña a lo galán, ya a medio camino estaban sobajeadas de ijar caliente de caballo; el sombrero grande que piden aquellos soles aguerridos iba quedándose en garfios de árboles y en lianas de tomar y coger, y las monturas se abrían desquiciadas o partían la cincha en el momento de la pelea de locos, cuando no importaba bestia ni cuerpo, ni alma.

Cualquiera puede pensar lo que sería esa cara a los cuarenta días de resolanas o sol crudo, lo que serían las mejillas de Manuelita Sáenz, cortadas de vientos, de terrales y de brisas agrias, el cuello prieto como el higo nuestro hasta donde la chaqueta lo amparaba, y las manos callosas de correa de riendas como las asentaderas de la montura; la completa lástima del Bolívar de las «llegadas famosas», de las «entradas» reales.

Ese Bolívar verdadero, porque dieciocho años redondean una verdad, no lo tenemos en ningún cuadro todavía, y hasta a mí me hace falta en esta mesa del hotel extranjero donde me acompaña al lado del Sarmiento cuyano.

Si tiene ojos la tierra americana, estará más molesta que yo de la silueta con que la engañan, al acordarse del hombre que le corrió encima a lo largo de quince grados de latitud, que le bebió de pie y de bruces en cuantos ríos ella posee; que le alentó en cuantos repechos y bajadas cuenta su lomo; que le abrió bosques y praderas con las patas de su caballo y con su pecho mismo, y que dejó sus tratos con ella, con la tierra marcadora y señaladora, sólo para acabarse.

Me decía una vez un leñador de Temuco, en la araucanía nuestra, cuando le preguntaba yo el nombre de no sé qué pastos: «¿Que si los conozco todos? No hay arbolazo, ni crío del árbol que no me haya arañado por cualquier parte y que no me sepa el sabor de la sangre». El cuerpo de Bolívar es eso en relación con el Trópico: no hay árbol que no le haya salpicado desde las botas a las manos desnudas. Una madre Ceres tropical, lamiéndolo como a su hijo, hallaría en esa carne todos los sabores de sí misma.

A Diego Rivera démosle a hacer este Bolívar de veras, machucado de cuerpo y con el desorden de la carrera y de la tierra apuntando en caballo, en aperos y vestimenta. El otro, aderezado y reluciente, que les sirve a los jóvenes a quienes daña con su falsedad, que se quede en las salas de las presidencias, para el gusto de aquellos grandes poltrones.

Gabriela Mistral

Nueva York, 1931.

Sinfonías del trópico

Para *Miguel Angel Asturias*

El desayuno del indio

Entre las cañas oro y humo.
El jarro abre la boca haciendo gárgaras
con el café ranchero.
Desayuno. Tortillas,
rubias tortillas entre aplausos
caen desnudas al circo del comal
y con soberbia indígena,
—eco de hazañas cuando la conquista—
un plátano, sonriendo
se chamusca el pellejo en los tizones.
La llama
ríe en el filo de los azadones...
y el cigarro campero
tiene en la punta el último lucero.

La campana

Dan... dan... campana.
Nodriza de la finca. Va tu son
—agua viva—cayendo en borbollón
sobre la rubia piel de la mañana.
Son de campana,
son de campana obrera y capitana.
Lírica ducha que espabila
el friolento letargo de los cerros
allá por donde el eco de una esquila
entra al corral llorando entre los perros.

Toda la madrugada
está temblando en un cantar
salpicado de leche en la majada.

Flavio Herrera

(*El Imparcial*. Guatemala)

Bulbuxyá, 1930.

Bananos y hombres

Dicen unas grandes autoridades médicas a quienes la United Fruit Co. ha consultado, con el fin de hacer propaganda a su artículo, que el banano es un gran alimento para los niños.

III

Niños

= *Envío de la autora* =

(Véanse las entregas anteriores.)

Cae la tarde. Comienza mayo y el canto de las chorchas y de los yigüirros pone una dulzura infinita en la paz hipócrita de estos campos tropicales cubiertos de charcos en cuya mirada verdosa acecha la fiebre. Corre el Parismina sin ruido con su taimada mansedumbre que el sol poniente dora y toca de melancolía. Pasan sobre el agua las garzas blancas y grises su vuelo romántico y entre las ondas se esconden tiburones y cocodrilos. Los zancudos del paludismo comienzan a inquietar el encanto de la tarde.

Los niños pálidos y los perrillos flacos y sarnosos deambulan por el caserío, unos diez ranchos lo más.

Son verdosos, muy morenos, con las pancillas repletas de lombrices, amebas, ankilostomas y de sabe Dios cuantos otros monstruos. No gritan ni saltan, se mueven con lentitud y cuando sonríen dejan ver unas encías exangües, lo cual da un fondo doloroso a esta sonrisa.

Descansan su vagabundeo en el bote tumbado en la ribera a la sombra piadosa de un sotacaballo.

Ramón y Julián, ocho y doce años respectivamente, llevan el tronco desnudo. Son hermanos, hijos de la Rosa, cada uno de padre diferente: Ramón de un nica, Julián de un chino. Basta verle los ojillos, los pómulos y el pelo como agujas. Ahora la Rosa vive con Luis, un negro. El negro Luis se emborracha y yo creo que también la Rosa. Dicen que en las parrandas que arman hacen beber también a los chiquillos.

Anselmo es hijo de la Mariana, el mayor de una marimba de cinco criaturas. Pero ni Anselmo ni el que le sigue son hijos de Díaz, el padre de los tres últimos, a los cuales ha chineado el pobre Anselmo: siempre anda cargado con el último crío que la Mariana ha tenido a bien traer a este mundo. Quizás sea el oficio lo que ha dado al niño esa cara de tonto o de bestia de carga que tiene.

Lidia, siete años, debilucha, los párpados hinchados, precoz y perfectamente instruída en todo lo que se relaciona con el pecado que en las tablas de Moisés ocupa el sexto lugar. Eso sí, ni ella, ni la madre, ni ninguna de esas gentes cree que *eso* sea pecado. (Yo me pregunto lo qué piensan los católicos que hace su Dios con las almas de estas criaturas). La madre de Lidia es la cocinera del administrador de la finca, una mujer joven y guapa de Cartago, con perfil de medalla romana, sólo que cuando ríe deja ver unas encias pobladas de ruínas negruzcas que deben oler mal ¡Y cuánto ha rodado esta pobre Eloisa con su chiquilla! Algo así como Estefanía con la suya. Cuando van al Carmen o salen a Siquirres, Lidia se empolva y se encoloretea como su madre y se les guinda y pide plata a los hombres con quienes la otra tiene que ver.

Martín, unos ocho años, es hijo de Felipe Quesada el mejor cortador de la finca y también el más borracho. Dicen que tiene una saca de guaro y que el chiquillo le ayuda en tales andanzas. Un día, cuando Martín contaba un año, su madre se fué con otro, y así él ha tenido que vivir con todas las mujeres con quienes su padre se ha amancebado; con la Petrona que le pegaba sin misericordia, con la Carmela que no le hacía caso y que lo dejó cundirse de niguas y piojos, con la Socorro que se pasaba borracha y ahora con la Eva que tiene dos hijas más grandes que Martín. Esta ha sido la mejor época del niño porque la Eva y las chiquillas son buenas con él. Eva no quiere que ni sus hijas ni Martín se queden burros como ella que ni leer sabe, y así lava la ropa a Cayetano Espinoza, un peón, sin cobrarle nada con tal de que los enseñe a leer y a escribir y algo de números.

Natalia, una muchachita de edad indefinible, con su hermanito en los brazos. ¡Qué grupo más triste Señor! Ella, verdosa, hinchada por la anemia, revejida, con unas mechas negras, enredadas y sin vida cayéndole de la cabeza abatida por una mano invisible. El niño tendrá con trabajos un año: la cabecita coronada por unos rizitos negros, la cosa más linda y bajo ellos un rostro tan triste, tan pálido, de una palidez casi transparente, abotargado, serio, serio como si no conociera ni la sonrisa; los ojitos hinchados con la esclerótica casi lívida que hace pensar en la muerte. La madre cuenta que se quedó así como tontico desde una caída en la que se le hundió la mollera; y que después Antonia la vieja curandera que vive en la Barra del Parismina se la sacó con la boca así; primero se echó una buchada de ron y luego una bocanada de humo de puro, aplicó la boca a la mollera hundida y absorbió para sacarla. Engracia, la madre de Natalia quiere que la muchachita y otros dos niños suyos, aprendan a leer con Cayetano, pero no van a poder, pues se van a ir a construir un rancho a unos seis o siete kilómetros de allí. Hay que voltear montaña para sembrar más banano y los chiquillos se tendrán que quedar animales como ella que no sabe ni una letra, sí, animales entre esas soledades.

De la otra ribera gritan. Es que han pescado un tiburón. Hace poco un tiburón aserró la pierna de una muchachita que se bañaba a la orilla del río. ¡Y estas criaturas que se pasan chapuceando entre el agua!

La música de las chorchas y de los yigüirros es ya sólo un recuerdo melodioso en la memori
el oriente, sobre el a
comienzan a brillar co
midez las estrellas. A s
chas de ellas hay palu
venenosas, tiburones y fincas de ba

Los congos ladran en la lejanía y en el higuerón vecino las oropéndolas arman su algarabía de comadres oficiosas, antes de entregarse al descanso. En los zacatales de las riberas se encienden y apagan millones de candelillas. Los niños las contemplan con sus ojos sin alegría.

A través del encañizado de las paredes de los ranchos comienza a brillar el fuego del hogar. Es como si los ranchos se pusieran a sonreír. ¡El hogar en estas regiones que producen banano, y éstos niños!..

. . . .

Los que conocen el valor de los alimentos, han descubierto que el banano es una gran cosa, que cuando una persona se come un banano se mete entre el cuerpo no sé cuántas calorías y vitaminas.

Pero las gentes que trabajan en las fincas de banano dicen que es malo, Bueno, hacen ironía sin saberlo...

En cambio en los Estados Unidos, en donde casi todo el mundo es pragmatista y por lo tanto sabe aprovechar honradamente lo que a los demás ha costado sudor y fatiga, comen todos los bananos que les ofrece la United Fruit Co. Dicen la United Fruit Co. y los médicos a quienes ha consultado, que esa fruta es excelente sobre todo para los niños cuando están creciendo. ¡Qué carteles más sugestivos presentan! El yanqui que se quede sin comerla, es por que es un tonto redondo.

¡Cuán sugestiva la propagandá que esa compañía hace a su artículo! Unos carteles artísticos y unos anuncios irresistibles en las revistas! Si hasta logran interesar a la Pedagogía,.. En revistas para maestros pintan a los trópicos, las tierras en donde se cultiva el banano, como el paraíso terrenal y dedican páginas enteras a los bananos de la United Fruit Co; grabados de niños sonrientes y sanos que esperan con mirada golosa el plato que una madre encantadora les está preparando, o de graciosos chiquillos que comen banano. Y luego la lectura habla de maestros interesados en la salud y vitalidad de sus alumnos, quienes saben por experiencia que no hay nada mejor para éstos como un banano maduro y un vaso de leche, y de autoridades médicas que han encontrado en el banano elementos indispensables para los huesos y los músculos.

For growing children bananas and milk are a nourishing luncheon.

Una merienda nutritiva para los niños que crecen: leche y bananos.

Carmen Lyra

Costa Rica. Junio de 1931.

Un retrato y tres dibujos de Oliver Shaw

= *Envío del autor.* Desde San Juan de Puerto Rico. =



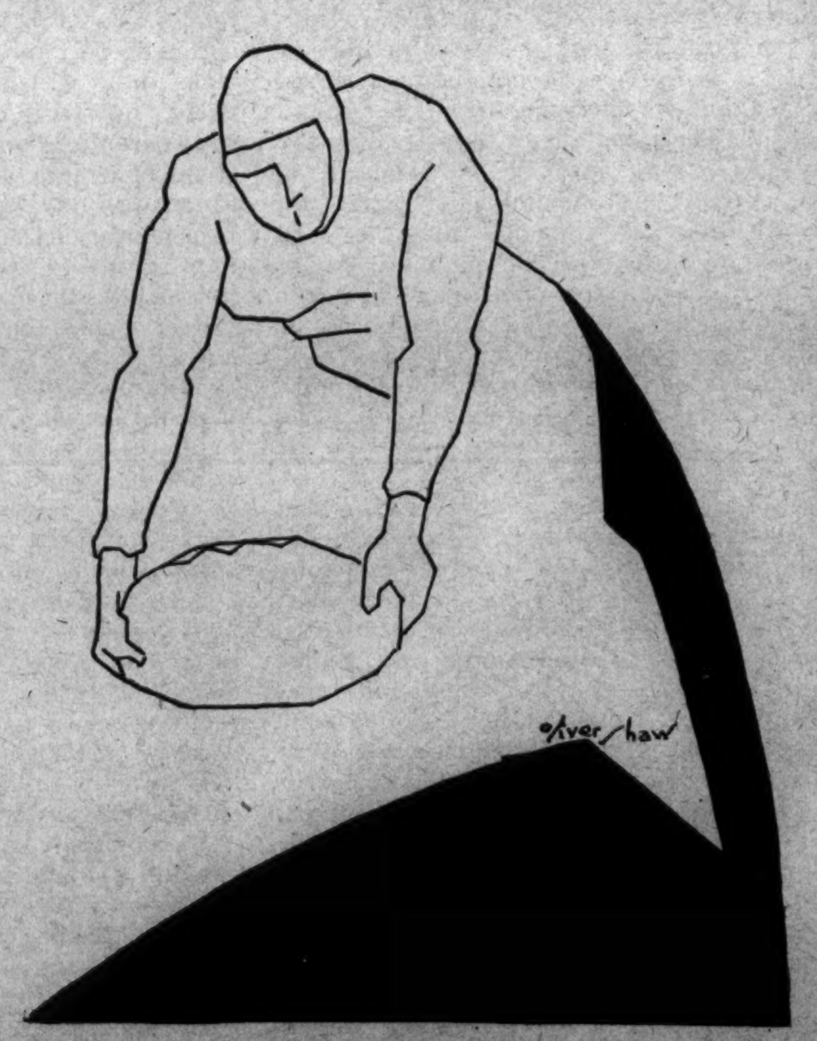
Oliver Shaw



El Dolor



Pentagrama



Jugador de foot-ball

Del traductor de Gog



Papini

Giovanni Papini, cuya última y discutidísima obra ofrecemos hoy a los lectores de habla española, es suficientemente conocido por nuestro público culto para que creamos necesario escribir su semblanza literaria en el pórtico de este volúmen. Consideramos, sin embargo, oportuno hacer algunas consideraciones sobre la obra que acabamos de traducir, en lo que se relaciona con la anterior producción del celebradísimo autor de la *Historia de Cristo.*

Giovanni Papini ha descrito una trayectoria mordiente, apasionante y tumultuosa en el mundo de las ideas y de los sentimientos. Hace años, al comenzar su vida literaria, escribió con orgullo, como síntesis de su pensamiento, la melancólica vida de un hombre que quiso convertirse en Dios; siguió todos los caminos del absurdo, sintió la necesidad de despojarse de toda preocupación tradicional y conseguir el ateísmo integral y perfecto.

Después de este libro ateo siguieron seis años de trabajo y de devastación; seis años debatiéndose entre el sentido de lo varonil y de la debilidad, entre la piedra y la miel, entre el genio y el ingenio, entre Dante y Petrarca; duelo sin condiciones, terrible, saturado del desprecio contra las cosas entronizadas, salpicando las ideas con sangre y con barro. Después de seis años, este mismo escritor, fulminante y envenenado, vencido en su lucha contra Dios y contra la Nada, de pronto, dominado por una fuerza superior a él, porque no nacía de la lógica ni de la estética, sino del sentimiento, concibió la obra apasionada, viva, llena de fé: la *Historia de Cristo.* Retorno a la claridad, expiación de la culpa, explosión de amor hacia Jesús al que había odiado con un odio que no era talvez más que un amor imperfecto, un amor inconsciente, un arrebato del alma que ardía luminosa, llena de rencor porque no había adivinado aún el secreto maravilloso que llevaba dentro y que le había conducido sin darse cuenta hasta el pie de la Montaña del Evangelio.

Y ahora, diez años después de la *Historia de Cristo*: la historia de Gog, personaje extraño y punzante, imagen del hombre primitivo y bestial, del hombre que no tiene en su corazón la más pequeña fibra de cristiano. Pero Gog, esta vez, no es Papini; es lo que está enfrente de él, lo que él abandonó para seguir a Cristo y que ve alzarse de nuevo ante su camino, no como una amenaza contra su íntima fe, sino como una amenaza contra toda la humanidad.

Papini no conoce el termino medio. Ha adoptado siempre una postura radical para combatir y para crear; se ha dado ...
otros la ilusión d...
telectual sin con...
con su lengua de víbora todas las cosas de este mundo y del otro. Tiene el mismo orgullo exasperado en su pasado de descreído y ateo que en su presente de fe profunda. Pero escondidas bajo el aspecto de su virilidad salvaje se hallan las lágrimas sentimentales, rocío del paisaje árido del espíritu hecho de rocas firmes, de soles absurdos y de paradojas llenas de vigor.

Todo el espíritu de combate de Papini se concentra en Gog, personaje temible, caricatura del Anticristo. Bajo la piel de Gog se halla escondida el alma del diablo, el esqueleto del antropoide, el sentido cruel de lo primitivo que se ha sedimentado en el fondo de la civilización. Gog es el alcaloide de la mala esencia humana que aparece, en la ficción del artista, solitaria y vagando sin objeto al margen de la humanidad. La lectura de este libro causa de pronto desconcierto, parece que en él el viejo Papini resucita, vuelve a gritar, vuelve a separarse de Cristo; luego nos damos cuenta de que Gog no es Papini, como Raskolnikov no es Dostoievski. Pero es indudablemente una obra cínica, una obra de dolor, en la que con sorpresa vemos que personajes no imaginados, vivientes y luminosos en la actual civilización: Einstein, Edison, Bernard Shaw, etc., mienten en sus coloquios fingidos, pero en sus mentiras palpitan y se estremecen violentas y desconsoladoras verdades.

¿Qué queda después de todo lo que ha pisoteado Gog? Queda sólo la naturaleza pura y serena, el hombre sencillo y humilde que come el pan del trabajo y bebe el agua de la fuente que mana tranquila en un rincón de un valle apartado de toda ciudad. La parábola de Gog es, en cierto modo y en este sentido, la parábola del mismo Papini. Es la tragedia del hombre interior que ha vivido constantemente oculto en el fondo de la caverna de su pensamiento orgulloso, hasta que se ha decidido a asomarse a la naturaleza y contemplar con ojos deslumbrados el sol.

Gog tiene el valor de decir mucho más de lo que en realidad dice y de sugerir situaciones mucho más hondas y más acercadas a la realidad que las paradojas que provoca. Por eso, bajo su aparente frialdad, vive en sus páginas una reconcentrada pasión y tiembla en ellas una emoción profunda.

El lector español encontrará en este libro dos capítulos de un particular interés por lo que a España se refiere, que por su valor intrínseco creemos oportuno señalar.

Las máscaras

=De *Gog*. EDITORIAL APOLO. Barcelona.=

Nagazaki, 3 de febrero.

Ayer compré tres máscaras japonesas antiguas, auténticas, maravillosas. En seguida las colgué en la pared de mi cuarto y no me sacío de mirarlas. El hombre es más artista que la naturaleza. Nuestros rostros verdaderos parecen muertos y sin carácter ante estas creaciones obtenidas con un poco de madera y de laca.

Y al mirarlas pensaba: ¿Por qué el hombre cubre las partes de su cuerpo, incluso las manos (guantes) y deja desnuda la más importante, la cara? ¿Si ocultamos todos los miembros por pudor o vergüenza, por qué no esconder la cara, que es, indudablemente, la parte menos bella y perfecta?

Los antiguos y los primitivos, en muchas cosas más inteligentes que nosotros, adoptaron y adoptan las máscaras para los actos más graves y bellos de la vida.

Los primitivos romanos, como hoy los salvajes, se ponían las máscaras para atacar al enemigo en la guerra. Los hechiceros y los sacerdotes tenían máscaras de ceremonia para los encantamientos y los ritos. Los actores griegos y latinos no recitaban jamás sin máscara.

En el Japón se danzaba siempre con la máscara (las que he comprado son precisamente máscaras para el baile *Genjô-raku* y pertenecen a la época de Heian). En la Edad Media los miembros de las hermandades llevaban la cara cubierta con una capucha provista de dos agujeros para los ojos. Y recuerdo el Profeta Velado del Korazan, el Consejo de los Diez de Venecia, la Máscara de Hierro... Guerra, arte, religión, justicia: nada grande se hacía sin la máscara.

Hoy es la decadencia. No la adoptan más que los bufones del carnaval, los bandidos y los automovilistas

(Pasa a la página 356.)

dedicado al Duque ...vatierra, absurda y ...e Gog a un palacio ...Burgos, adquiere en es- ...por el desenvolvimiento ...histórico de la vida actual española, una calidad de símbolo emocionante. Esos extraños personajes deshumanizados, horribles en su inmovilidad y en su peso ancestral, momias falsificadas de realidades que fueron, alineadas a la manera lúgubre de un Museo Grevin, nos causan espanto. Es tal vez la visión más justa y formidable de nuestra España de transición, impresionando la retina y la sensibilidad de un extranjero de talento. Los que comprendan hasta el fondo el pensamiento del autor, han de formularse necesariamente terribles preguntas. ¿Qué hacen esos personajes sumidos en la historia española, aferrados al pasado muerto? ¿Qué pasará cuando el Duque Hermosilla de Salvatierra—¡sombrío duque simbólico!—abandone su palacio que la vida nacional ha dejado ya solitario? ¿No caerá todo ese pasado en polvo cuando el sol y el aire entren por las ventanas abiertas? ¿No será dulce y glorioso comenzar de nuevo una historia, esa historia «al revés» que preconiza un extraño interlocutor de Gog, para que se pueda comprender toda la significación solemne de los hechos presentes?

Gog pasa, extranjero en todas las tierras, como el caminante que marcha levantando polvo por todos los caminos, pero en torno suyo se plantean multitud de situaciones llenas de fecundidad y de vigor; con Gog se ve que el impudor y el cinismo, como Papini demuestra en este libro extraño, pueden ser también fuentes de aleccionamiento y de moralidad.

Hemos procurado en esta traducción conservar cuidadosamente toda la virulencia de la prosa de Papini y su estilo lleno de aristas y de vigor. Hemos realizado, si no con éxito, con toda buena voluntad, esta tarea asaz difícil, procurando así rendir tributo a una de las obras más recias que ha producido la literatura italiana contemporánea.

Mario Verdaguer

Homenaje a la España profunda

= Envío del traductor =

Al fin, el buen sentido y la clarividencia empiezan a manifestarse en Francia. Frente a los escribidores interesados *que venían alquilando su pluma a Quiñones de León, y que han visto desvanecerse una fuente de ingresos nada despreciable, otros escritores franceses de talento, cuya amistad y cariño por España no es una cosa de ayer, sino de toda la vida, conocedores de los secretos y bellezas de nuestra hermosa lengua, de nuestra literatura, de nuestros clásicos, salen a la palestra a exponer a sus compatriotas cuál es el significado y la importancia de la República Española. Entre esos literatos franceses, debemos citar con orgullo a Jean Cassou, que tiene a su cargo la crítica de la poesía francesa en* Les Nouvelles Littéraires, *poeta asimismo de altos vuelos, quien en el número de dicho órgano literario correspondiente al 2 de mayo ha publicado el trabajo que con autorización suya reproducimos íntegramente, el cual aparecía ilustrado además con dibujos de Unamuno, Pérez de Ayala, Blasco Ibáñez, Salvador de Madariaga, José Ortegea y Gasset y un retrato de Gregorio Marañón.*—J. L. y L.

En el momento en que la España auténtica y profunda se manifiesta, y por encima de los errores y de las equivocaciones afirma sus verdaderas intenciones, podemos permitirnos recordar, no sin un poco de orgullo, el interés que aquí, en estas mismas páginas, se ha manifestado siempre por nuestros amigos los escritores, poetas, artistas y filósofos españoles. Y fué de aquí de donde partió la primera protesta del mundo civilizado contra la deportación de Miguel de Unamuno, una de las figuras más nobles de la Europa actual, el escritor más grande que haya producido España desde Cervantes, el hombre a quien Barrès llamaba "el honor de España", el que encarnaba la preciosa, la indispensable permanencia de la cultura española en el mundo.

Ya hace muchos años que España trataba de encontrarse de nuevo a sí misma. Y cuantos tienen, no solamente la generosidad, sino la capacidad de interesarse por las naciones extranjeras, saben todo lo que había de patético en el pensamiento español de este último cuarto de siglo y contra cuántos obstáculos, cuántas dobleces y obscuridades ha tenido que chocar este pensamiento para irse abriendo su vía. Y el menor de esos obstáculos no era el que formamos por nuestra incuriosidad, nuestra indiferencia, nuestra obstinación a oponer a tanta voluntad heroica nuestra acostumbrada imagen de España, imagen vulgar e inexistente, formada de despreciables lugares comunes y de literatura turística. Para nosotros, era menester conservar a España en una prudente ignorancia, y temblábamos ante todo lo que pudiera modificar su color local. ¡Como si la originalidad de un pueblo no fuera, antes que nada, una potencia interior y como si cuando ésta es fuerte no pudiera pasar, no pudiera apagarse, cualesquiera que sean las transformaciones que sufran tales aspectos exteriores y superficiales de la vida de este pueblo! Porque el pueblo español posee precisamente esta fuerza interior y primitiva que le permite seguir siendo el mismo bajo cualquier traje con que se vista. "¡España va a perder a sus reyes, a sus frailes, sus toreros—o, como se dice aquí: sus toreadores!"—grita el público con desesperación. ¡Van a estropearle su espectáculo! Pero reyes, frailes y toreros, en la medida en que estos artículos de exportación hayan representado el alma española, pueden aparecer y desaparecer sin que la realidad profunda de España cambie con ello lo más mínimo. Lo que importa es esta realidad profunda, realidad de una evidencia expresiva tal, de una unidad tal, que ninguna otra raza puede presentar algo semejante. Realidad, además, que para un observador que sea apenas un poco atento aparece inmediatamente idéntica en las celdas del Escorial y en los ascensores de los rascacielos de la Gran Vía. Realidad inagotable y que nutrió a Picasso después del Greco, a tal ateo de hoy como a cual místico de ayer. Cuando Unamuno, desterrado, fue acogido en París por nuestros doctores de *Le Quotidien* y de la Liga de los Derechos del Hombre, ¡cuál no fue su sorpresa al oír a esta víctima de la reacción citar a cada paso frases de Santa Teresa y de San Ignacio de Loyola! ¡Vayan ustedes a comprender, ante eso, algo sobre las cosas de España! Y es que justamente no comprenderemos nada de España si queremos juzgarla con nuestros fanatismos y nuestros sistemas, si nos negamos a contemplarla en su realidad constante, fuera de estos cambios superficiales y artificiales a que damos el nombre de progreso y en los cuales se olvida y se destruye nuestra esencia humana.

Esta esencia humana, lo que Unamuno llama "el hombre en carne y hueso", parece como si España se hubiera impuesto por misión hacernos sentir perpetuamente su contacto, mantenerla en nuestras preocupaciones, recordarla sin cesar ante nuestras distracciones y nuestros extravíos. El hombre es siempre visible en España, lo mismo que la tierra está desnuda, lo mismo que las cosas están hechas de fuego y que, vista desde la otra vertiente del Tajo, Toledo se nos aparece construída, no de piedra, sino de luz. En nuestra civilización asiática y septentrional, muy evolucionada, muy extremada, en la que la idea de *haber* ha reemplazado a la de *ser*, civilización social mecánica, urbana, en donde el individuo se halla ahogado bajo la moral, bajo lo colectivo, bajo el afán de poseer, bajo las abstracciones del derecho y del deber, España opone el genio elemental del Sur, el paisaje africano, la idea del hombre solo y digno frente a la muerte, del hombre planetario a quien ningún arrebato histórico podrá hacerle

olvidar su destino. "Nadie sabe ya vivir—observaba recientemente Aldoux Huxley—, salvo, acaso, algunos italianos, los provenzales y los españoles" . . . Sí, quien anhele tomar lecciones de vida sabe que es al lado de los españoles donde es necesario instruirse. Los españoles conservan el secreto de la resistencia a esta invasión de la materia de que tanto nos quejamos actualmente. Son el refugio del espíritu.

"Uno de los rasgos de nuestra época—escribía hace algunos años Salvador de Madariaga—consiste en tratar de buscar el remedio a los males públicos en reformas de carácter científicoeconómico, jurídico y hasta mecánico. A nadie se le ocurre que la curación de estos males es menester buscarla en el espíritu . . . En esta materia, España posee un instinto más seguro que las demás naciones. Ha admirado siempre a sus santos, incluso en los tiempos en que la superstición podía ensuciar un poco este sentimiento. Y en nuestros días, España ha sabido venerar con una afección más depurada y más humana al santo a quien se debe el renacimiento de la cultura española: a don Francisco Giner de los Ríos".

A Giner de los Ríos, santo laico y sucesor de la tradición de la santidad religiosa, es, en efecto, a quien se debe el despertar de la espiritualidad española. A él, que, 1867, al lado de su maestro Sanz del Río, renunció a su cátedra de la Universidad de Madrid, negándose a firmar una declaración de fe política, confesional y dinástica; a Giner de los Ríos, que, más tarde, encarcelado en Cádiz, rechazó la oferta del Cónsul inglés que acudió a ofrecerle el apoyo de la opinión pública de su país. (Cuánto han cambiado los tiempos!) Por sus fundaciones universitarias—la Institución Libre de Enseñanza—, comparables a las fundaciones de Santa Teresa, este apóstol "consagró su vida a hacer hombres". Y han sido esos hombres nuevos, y al mismo tiempo profunda y tradicionalmente españoles, estos jóvenes deportivos, abiertos, amigos del aire libre, y de las ideas asépticas, los que, desde hace treinta años, han transformado de una manera tan completa las costumbres de la Universidad y de la ciencia españolas.

Todo lo que éstas cuentan de maestros eminentes ha sido formado en la atmósfera saludable creada por Giner; tanto Manuel B. Cossío, el descubridor del *Greco;* como el venerable Ramón Menéndez Pidal, descubridor del *Cid,* filólogo y romanizante eminente, cuya adhesión a la República había producido una impresión tan decisiva. Que un hombre de estudio de esta altura, que un hombre de gabinete y de meditación, cuya carrera ha transcurrido durante años y años definiendo las más antiguas tradiciones morales e históricas de España, saliera de su gloriosa serenidad para adherirse públicamente, con Ramón Pérez de Ayala y José Ortega y Gasset, al movimiento revolucionario, ¿no era bastante para demostrar hasta qué punto este movimiento tenía sus raíces en el alma nacional, y hasta qué punto era fatal, lógico y necesario?

Así, la aspiración de España iba cumpliéndose por la reforma universitaria, por los primeros escritos de Ganivet y de Unamuno, el *Idearium español,* de aquél, y los evangelios de éste: *El Sentimiento trágico de la Vida,* esta *Vida de Don Quijote y Sancho,* en la que, en una lengua de metal, se resume toda la filosofía de la España pasada y de la España futura, todo su realismo místico, su quijotismo eterno, esta crítica de la ilusión cósmica y amarga y total contemplación de la nada universal, que, por un salto paradójico de la voluntad, conducen al hombre español, al *homo hispanicus,* a vivir más apasionadamente y más libremente que ningún otro pueblo. Y no hay que olvidar tampoco, en este examen de la edad heroica del renacimiento español y de sus precursores, la figura del magnífico y jovial conquistador Blasco Ibáñez, tan popular, tan tumultuoso, quien hubo de ser enterrado en tierra francesa antes de haber visto realizarse el sueño de su romántica juventud de conspirador.

Pero lo que ha habido de admirable en la realización final de la República española ha sido el apartamiento, la desaparición, la ausencia de todo romanticismo, el hecho de que no han tomado parte en ella lira, tribuno, retórica, barricadas, Lamartines ni D'Annunzios. Todo los intelectuales cuya adhesión a la República inclinó la balanza no actuaron directamente sobre el pueblo. Pero novelistas sutiles o metafísicos altivos, no por eso dejaban de ser el pueblo mismo. Estaban fundidos con él en la misma realidad. No debemos hacernos en Francia ninguna ilusión; lo que ha echado al rey de Madrid ha sido la evidencia. El rey ha sido echado por España y por la realidad española. Representaba un régimen mecánico, extranjero, artificial, sin prestigio y sin espíritu, el cual no correspondía a ninguna de las aspiraciones de la unanimidad española. Una vez más, no podremos juzgar a una nación extranjera con nuestros prejuicios. La idea monárquica tal vez represente una tradición francesa. Pero no representa nada para España. Basta mirar los retratos de la corte hechos por Velázquez y por Goya para saber lo que todo español ha pensado siempre de sus soberanos. Y bastaba asimismo escuchar el inmenso clamor de alivio que Madrid todo entero—estudiantes, burgueses, obreros, mujeres, muchachas, aristócratas y curas—lanzó ante la noticia de la partida de don Alfonso "¡Ya se fue . . ." (1)

En medio de este júbilo, un solo punto negro, pero penoso para el viajero francés: el estupor indigno y doloroso con que, entretanto, España se veía desconocida en Francia, desacreditada, escarnecida, injuriada. En España no se comprendía que los franceses hubiéramos olvidado que esos hombres que habían conducido y precipitado el movimiento revolucionario fueron, durante la guerra, nuestros ardientes defensores, cuya divisa había sido "¡Antes con Francia vencida que con Alemania victoriosa!" y que no habían cesado de luchar contra los que Unamuno llamaba los *trogloditas,* toda la camarilla de jesuítas y de militares, inspirada por una mojigata y bobalicona germanofilia que en el *A B C* se desataba en insultos contra una Francia a la que se pintaba en plena decadencia y en la agonía. No se comprendía en España cómo en Francia pudiera ignorarse que el régimen que se hundía era el que había permitido a los submarinos alemanes abastecerse en todos los puertos españoles.

Pero si la ceguera de los partidarios y de los facciosos es tal que haga perder a Francia la amistad del pueblo más generoso y más original del mundo, peor para nosotros. Con todo, no podrán volver hacia atrás, borrar la historia, ni impedir a la cultura española y a la cultura francesa haber estado unidas en el pasado, ni que todo nuestro siglo clásico se haya nutrido con las riquezas, las invenciones, las brillantes y prestigiosas audacias del genio español, no podrán tampoco impedir a la España moderna el haber seguido siempre de cerca nuestra literatura, habiendo elegido en ella, para fortificarse, los ejemplos de libertad moral, de espíritu aventurero, de cariño loco por la perfección que constituyen su grandeza. Después de todo, si los españoles han llevado a cabo esta revolución, ha sido a los acordes de una cierta *Marsellesa,* cuyas notas hacemos resonar, desde hace mucho tiempo, en las distribuciones de premios y en nuestros comicios agrícolas. Y al echar al "rey trapacero", al "rey embustero", habrían podido recitarle los versos de un cierto Romancero con que el que se atiborra el cerebro de nuestros escolares, y que nuestro Víctor Hugo ha puesto en labios del *Cid:*

Vous ne m'allez qu'á la hanche;
Quoique altier et hasardeux,
Vous etes petit, roi Sanche;
Mais le Cid est grand pour deux . . . (2)

(1) En español en el texto.

(2) No me llegáis sino a la cadera—aunque altanero y temerario—vos sois pequeño, rey Sancho, más el Cid es grande por ambos.

Ahora habremos de c[...]
ción hay algo nuestro. [...]
españoles festejen el Catorc[...]
sino una jornada pura de s[...]
Nosotros no podremos decir o[...]
de Julio.

Este extraño pueblo madrileño, que en todas las cosas sabe poner su gracia y su gentileza, no rompió ni un cristal del palacio real, el cual se hallaba guardado por muchachos jóvenes que se habían impuesto a sí mismos el deber de impedir a la multitud que pasara adelante. Improvisáronse pullas y canciones contra los amos de la víspera; pero yo no he oído ni una injuria baja, ni el menor grito de rencor o de venganza. Solamente hube de oír que hubiera sido necesario colocar unos soldados ante la Embajada de Francia, y el otro día, la multitud ha manifestado ante el Consulado francés en Barcelona. "No quiero perder a Francia", exclamaba recientemente Sieburg, como conclusión de su famoso libro sobre nuestro país, y es indudable que existen grandes razones para que la amistad franco-alemana sea dramática y difícil de definir y aún de guardar. Pero, ¿por qué no habría de ser lo mismo en cuanto a la amistad franco-española, y por qué acabar de aislarnos del universo aceptando perder a España?

Los franceses somos una civilización de tal modo civilizada que ya no sabemos lo que significa la palabra *pueblo.* Y el extraordinario mérito de la civilización española es el de conservar el sentido de esta palabra, de conservar hasta el sentido de la palabra *prehistoria,* de la palabra *barbarie* y de la palabra *naturaleza,* vocablos, que ha ido integrándolos en su vida perpetua, llena de movimiento, indefinida, en su historia y en su cultura.

Existe, pues, una realidad española, idéntica desde la época de las grutas de Altamira, una realidad fiel a sí misma, la cual, en ciertos momentos, se pierde entre la arena y que los alentadores de la conciencia nacional y los excavadores maravillosos encuentran de nuevo y la hacen brotar. Y esta realidad es popular, esencial y exclusivamente popular, hasta tal punto popular que todo el pueblo español no está compuesto más que de aristócratas. He ahí por qué no hay que extrañarse de la unidad viva y estrecha en que los intelectuales españoles se han encontrado de acuerdo con el pueblo. Ya hace mucho tiempo que José Ortega y Gasset estudiaba a España, la conocía, la sentía y la encarnaba. Sabía que era "invertebrada", sabía la anarquía de que estaba compuesta, separando las castas, haciendo del ejército y de la iglesia organismo distintos, sin comunicación con la masa. Ortega y Gasset veía los males del caciquismo y presentía no los remedios, sino el esfuerzo mediante el cual España trataría de reformarse, de adquirir nuevamente conciencia de sí misma y de revivir. Y de la misma perspicacia, de la misma voluntad tranquila y firme ha dado pruebas un Pérez de Ayala, novelista potente, ensayista y crítico rectilíneo, uno de esos hombres que mejor han descrito la provincia española, su sueño, y también sus inmensos recursos espirituales, y este naturalismo, este humanismo noble e irónico, esta bondad sonriente y acertada, este buen sentido, esta gravedad rústica que forman el fondo del carácter español y del que los diálogos de Don Quijote y Sancho nos habían dejado una imagen sabrosa inolvidable. Al lado de estos hombre, he ahí a Gregorio Marañón, cuyo nombre es conocido en Francia a causa de sus trabajos de psiquiatría, que en nuestros hospitales parisienses ha sido el discípulo de nuestros grandes maestros, y cuya radiante presencia habrá de conocerse próximamente entre nosotros. He aquí a Manuel Azaña, el nuevo ministro de la Guerra, que ha escrito no hace mucho tiempo un libro notable y muy justo sobre la política francesa; Fernando de los Ríos, sobrino de Giner de los Ríos y heredero de su tradición de honor y de austeridad; Eduardo Ortega y Gasset, hermano del filósofo, compañero de destierro de Una-

...antos hombres resueltos, ... ha producido este fenó... ...oria: una coincidencia entre ...acción.

...no podía producirse más que allí el menor objeto, la menor ...ma concreta, el menor gesto instintivo, la propia materia, la substancia origina, todo es espíritu. Y este espíritu, no lo olvidemos, se extiende sobre un inmenso imperio, se expresa en una de las lenguas más expandidas del universo, y anima a veinte pueblos todavía efervescentes por los ardores de la juventud; pero que saben son portadores de un gran mensaje: el mensaje de este genio latino de que nos enorgullecemos, del que tanto hablamos en nuestros banquetes, pero cuyo auténtico aspecto nos negamos muy a menudo a reconocer.

Este espíritu acaba de afirmarse una vez más. Y sería renegar de nosotros mismos si no sostuviéramos esta afirmación con toda la fuerza de nuestras esperanzas.

Jean Cassou

(Traducción de *José López y López*).

Una idea más... Una antología

—Envío del autor—

Afirma Maeztu—repitiendo una tesis de Platón—que puede decirse que cuando las fuerzas gobernantes de un pueblo se interesan por las cosas que conciernen a sus hombres más capacitados, ese pueblo progresa; pero cuando esas fuerzas cesan de interesarse por esas mismas cosas, ese pueblo decae. Esta proposición, que el ideólogo español sintetiza diciendo: «que los pueblos progresan cuando producen hombres inteligentes y los amparan con la fuerza gobernante», ha tenido esta vez realización entre nosotros en un acuerdo tomado por la Junta de Directores, heroicamente, en la asignatura de Castellano. Se ha dispuesto encargar a coda uno de los profesores que dan la materia—con la venia y el apoyo del Ministerio del ramo—la redacción de monografías metodológicas en Gramática, en Ortografía, en Recitación, en Lectura, en Literatura, y en Composición, unificadoras de nuestra enseñanza idiomática nacional. Al Profesor don Moisés Vincenzi le ha tocado entre otros la especial que se refiere a la Composición; y a estas horas, satisfactoriamente, ya la tiene realizada en un trabajo de observación personal y de sinceridad, en el que ha reunido las prácticas por él adquiridas en su larga faena de escritor. De esa forma, los profesores ansían reunir los pabilos de esa misma antorcha que encendidos alumbren la oscuridad densa del sendero. Y eso es halagador sin duda, sobre todo dende existen, visibles, prometedoras potencias de estudios, frutos diversos de saber y realidades tangibles de experiencia.

Pero algo hay—¡pensamos nosotros!—que ha escapado a la meditación y al estudio de quienes se activan en tan hermosa labor: algo que es como el coronamiento del edificio que se erige y que es menester llevar a término conjuntamente con las monografías. Se trata de la publicación de una *antología americana de prosistas* que, al tiempo que sea un texto oficial de los colegios, constituya por sí instrumento didáctico de primer orden, capaz de instruir y educar al alumno, y permitirle, en la lectura de buenos modelos, escoger lo que es propio y permanente de cada época, de cada escritor y de cada página, con seguridad y madurez, con destreza y acierto. Así, sobre cada acto, sobre cada autor, sobre cada escrito literario, procede redactar lo que constituye su valor esencial y su genio: los hechos de la Literatura (diálogo, discurso, tratado, ensayo o sinfonía; la personalidad de los autores; las características del hecho y del autor; la tendencia o movimiento especial que los distingue): lo que, sobre afirmaciones perentorias y caducas, es firme y estable, capaz por sí de constituir tradición efectiva que luego, con el andar del tiempo, fije y de base a una etapa definida de la Historia. Claro está que eso es difícil, tratándose como se trata de cuestiones en que, lo circunstancial de la vida, entra por mucho; pero debemos confiar en que la sugestión o estímulo que cada trozo o cada obra enciendan en profesores y alumnos, tengan la inspiración y fuerza suficientes que los acerquen cada vez más al tipo ideal particular que les corresponde. Una antología americana hecha con «curiosidad efectiva» es lo que debe hacerse; que siga en lo que pueda los pasos de la tradición continental a través de la literatura vernacular que indudablemente hemos tenido hasta el día: una antología que, en la reproducción de trozos selectos y en la redacción de notas al margen de cada autor, diga de la orientación que tomó la lengua en su fondo originario e imaginario, desde el comienzo de la conquista hasta llegar a la época actual en que fluidez, eficacia, ductilidad y riqueza han constituido el patrimonio de la pluma americana.

Existe un hombre de America que ya tiene una tradición original y que al momento ha dado una literatura *autónoma*, estrictanente castiza: un hombre que responde, sin sumisión, a su raza; que exalta sus héroes con vehemencia; que canta su tierra con original belleza, y que dice su verdad en forma distinta que sus mismos progenitores. Si hay en su espiritu una idea central española de que no puede librarse sin menoscabo de su yo natural, las condiciones de fortaleza, método y precisión que él pone en su esfuerzo, lo acercan, más que al instrumento secular del arte europeo, al susurro selvático de la montaña ubérrima... Y si hay pinos que requieren quizás el descuajo, de trecho en trecho van creciendo, con viril frondosidad, los cedros nuevos.

El *modernismo* es el que ha venido a poner en mano de los artistas de América la bandera tricolor y el gorro frigio de su libertad literaria; y así, tras de un acto revolucionario y fecundo por su naturaleza misma, ha activado un movimiento espiritual que ha traído en el fondo—sin paganismo—la resurrección divina de la Grecia antigua, del Renacimiento italiano y de los Siglos de oro españoles. Que es de notar que, esa manifestación, es un avance que en nada ha reñido con el clasicismo de las viejas edades, sino «con aquellas limitaciones

---

Poesías

—Envío del autor—

¡Siempre tras algo!

A don *Clemente Pereda.*

¡Qué búsqueda la mía!
Tras un rayo de luz
toda, toda mi vida.

Tras el polvo de oro de las cosas,
estelas luminosas
o músicas de plata,
toda mi vida, toda.

Tras el postrer matiz, prendido
a la cola de un astro
o a la pluma de una ala,
¡Siempre tras algo
tanto más lejos cuanto más cercano!

El mar no tiene al sol,
mas le lleva en sus aguas;
toda la luz del cielo
la coge una mirada.

¡Oh, la aventura de una vida,
la plena posesión anticipada
en la búsqueda mía!

¡Bella noche de los trópicos!...

¡Bella noche de los trópicos!
Un disco de luz de oro
en el celeste encerado
o dibujos luminosos.

Lejanías invisibles...
Donan al vecino campo
espectros de luz las sombras;
fantasmas negros los claros.

Por doquier, a la gineta,
los heraldos del misterio
van sosegando a las cosas;
van pregonando el silencio.

A la luna, en el villorrio,
dan un gratuito concierto
la música de las ranas,
los ladridos de los perros.
Y la cara milenaria
de la luna
hace guiños desde el cielo.

¡Bella noche de los trópicos!
Un sabroso desconcierto:
fuego y vino por las venas;
laxitud en todo el cuerpo.

Julio Mercado

(Colombiano)

que el pseudo-clasicismo del siglo XVIII impuso y que el romanticismo no se atrevió después a desterrar». Iniciado por Martí, Gutérrez Nájera, Darío y Julián del Casal, ha sido un factor de evolución constante y un medio impulsivo de primer orden en el avance del americanismo literario que hoy vive, crece y se impone, sin menoscabar el tronco secular que fué su aborigen.

Así pues, la antología de escritores representativos de América que ideamos tiene que ser una consagración al «arte libre» que el modernismo erigió como cánon; y así contendrá, lo mismo y propiamente, páginas escogidas de clásicos, de románticos y de modernistas: un libro al estilo del de Don Ramón Menéndez Pidal sobre los prosistas españoles y que bien podría iniciarse con una introducción sintética sobre la historia de la literatura en América.

La época clásica podría representarse, verbi gracia, primero: con un trozo escogido del Popol-Vuh...: por ejemplo el episodio de Hunahpu y Xbalanqué que aunque escrito en lengua quiché, surge a luz como genuina obra americana; páginas escogidas de los antiguos cronistas como el inca Garcilasco de la Vega; el acta de Independencia, y alguna página — pongamos por caso — del prócer centroamericano José Cecilio del Valle. Vendría luego Bello, cuyo talento enciclopédico supo mantener incólume, libre de disconformidades de ambiente, la tradición peninsular, en lo que tenía de bueno; y supo llevar, a cada pueblo favorecido con sus luces, lo que tenía de fundamental la civilización europea,—salvando así de la vorágine revolucionaria «los caracteres típicos y diferencias de nuestra alma americana». Legislador literario, supo dictar para los pueblos de América la regla de acción conveniente a la lengua nacional en forma independiente y úna, elevándose al descubrimiento de los orígenes del romance castellano, a fín de fijar la porción que el medio propio tenía a su haber en cuanto al estudio gramatical de la lengua. Luego Cecilio Acosta, el ilustre venezolano. Escritor de corte clásico supo unir a sus virtudes artísticas la penetración cabal del idioma, en una forma que pudiera envidiar cualquier prosador español. y Mariano Moreno... Eso para substituir el glorioso nombre de Jovellanos en cuanto a estudios políticos y ecómicos del medio se refiere. Moreno, si con talento inferior al hijo de Gijón, con fuerza para imponerse, en punto a prosa política, a las nuevas generaciones de América, es sin duda uno de nuestros clásicos reales. Vendría Bolívar, libertador de pueblos y naciones y al mismo tiempo de la literatura americana: sus cartas, proclamas y discursos son dechado de autoctonía y penetración; y de él podrían reproducirse el Manifiesto de Cartagena, la Carta de Jamaica, el Discurso de Angostura, o la Constitución Boliviana. Y siguiendo sus huellas fecundas, Sarmiento, el genial y febril autor del *Facundo*. Escritor en quien se ven los primeros brotes del *romanticismo*, posee las cualidades todas de un prosista de raza: su prosa es ejemplo en ese estilo libre que él cultivó. Es una prosa que anda, como río americano en invierno, llevando en su avance armonía original y notas sinfónicas. Sarmiento adquirió del Libertador ese modo «de encarar y resolver los problemas de América», revelador de una fuerza natural de espíritu, superior. Y vendría también Juan María Gutiérrez, reivindicador de una autonomía intelectual suficiente para substraerse a la autoridad del clasicismo y a la libertad romántica,—punto que debía poner por obra más tarde la literatura toda de nuestro continente. Es un «maestro» de verdad. Vendría Montalvo; tipo representativo del escritor a quien sin paradoja puede llamarse el Moratín americano; si con menos profundidad que Gutiérrez sí con mayor fortaleza expresiva, representa para nosotros la transición efectuada entre el clasicismo y el romanticismo. Es lo más ilustre sin duda que ha dado nuestra habla americana. Y ha de venir luego, necesariamente, Alberdi—el «Fígaro» nuestro—quien, como éste, representa la emancipacion éspiritual de la prosa clásica. Alberdi tuvo entre otras las condiciones de fortaleza suficientes para levantarse sobre el escolasticismo romántico en

c

l

o

con

cular. Rep...senta...

cumbre en el romanticismo depurado. Luego vendrá Hostos... Este ilustre dominicano buscaba, en un análisis psicosociológico del medio literario, un arte genuinamente americano, — y por eso tiene un inmenso valor. De Hostos podría reproducirse su estudio sobre el *Hamlet*, considerado por la crítica como lo mejor escrito a propósito del famoso drama de Shakespeare.

Esos serían los maestros de las viejas generaciones... Las cumbres. A ellas habría que agregar sin duda otras más, si menores, siempre grandes en el horizonte de nuestro medio. Varona, por ejemplo, de prosa genuinamente europea por sus condiciones de claridad y medida; Galván, el clásico escritor dominicano; Justo Sierra, ese noble mexicano que apellida la juventud «El Maestro», de expresión sencillamente prodigiosa; y Ricardo Palma, inventor de las «tradiciones» que todos conocemos, llenas de gracia y distinción; cuya prosa envidiaría el doctoral académico de Valera, criticón inapeable de todo nuestro.

Estos escritores han venido a preparar, puede decirse, el feliz advenimiento del *modernismo;* ese movimiento espiritual que, al decir de Max Henríquez Ureña, vino a innovar, no en la buena tradición clásica española, sino en el romanticismo del siglo XIX. La antología pues—siguiendo este orden y este nombre—debe indicar en primer término a Martí. Su prosa, si sembrada de arcaísmos, se encumbra y vibra sobre la barbarie del «decadentismo», que ya asolaba en algunos medios los campos de nuestra literatura, con la más profunda libertad sintáxica e ideológica. Es una renovación en punto a prosa, que habrá de darnos después lo que se ha llamado hoy por hoy el estilo *nuevo:* el estilo que—al decir de Pedro Henríquez Ureña— «deja de ser el *hombre* para ser más definidamente su intelectualidad, aislada de su personalidad, en cuanto ésta sea obstáculo para la justicia y la pureza de la expresión». El estilo que, refinado y traslúcido, ha de manifestarse efectivo en tres grandes escritores de América: José Enrique Rodó, Manuel Díaz Rodríguez y César Zumeta; y con no menos brillo, también, en el malogrado Carlos Arturo Torres y en Francisco García Calderón, el ilustre peruano. Son todos ellos representantes de la prosa ideológica y son los valores más efectivos del genio de la raza en los tiempos actuales.

Pero si buscamos, dentro del *modernismo* americano, los prototipos de la prosa vernacular y auténtica, tenemos necesariamente que nombrar a Manuel González Prada, a Juan Vicente González a Rafael Barrett (que lo podemos considerar americano) y a Rufino Blanco Fombona: prosa que es resultado de una observación detenida del medio social,—mezcla singular del español, del indio y del negro; audaz, penetrativa y con una alma virtuosamente dramática...

[illegible] el [illegible] su [illegible] tenemos que irla a buscar— ¡quién habrá de dudarlo!—en Sanín Cano, en Pedro Emilio Coll, en Ventura García Calderón, en Jesús Semprum; prosa que, como la de Gavinet y Ortega y Gasset, son producto de una cultura cuidadosa y de un renovado ejercicio artístico.

Todo eso es América. Con esa representación tenemos para vindicarnos ante el mundo. Y la escuela necesita, por cultura y por amor patrios, dar a conocer esos sus valores todos.

El horizonte se extiende a nuestra vista, tentador: la Grecia antigua está ahí en ese valle deslumbrante que es Rodó; El Renacimiento italiano, en Rufino Blanco Fombona, Díaz Rodríguez y César Zumeta; y los Siglos de oro españoles, en Martí y Enrique Rodríguez Larreta...

Los campos están florecidos y un aire de primavera invita a trabajar! Nombres faltan para el entusiasmo del maestro o del discípulo.—pero la idea ahí está, como una bandera de combate, esperando la mano que la quiera empuñar...!

Victor Manuel Cañas

Limón, enero de 1931.

Estampas

El cuento del hombre que tuvo un ojo de cerdo Y otro cuento de Herodoto

—Colaboración directa—

De pequeños reíamos con regocijo oyendo referir la historia del hombre a quien el cirujano trasplantó a la órbita vacía el ojo de un cerdo. La visión del operado era normal mientras frente a sí no hubiera un charco. Gustaba de la belleza del mundo como todos los seres vivientes, pero en cuanto las aguas inmundas proyectaban su tentación al ojo de injerto, su alma completa se conmovía por un ímpetu demoniaco. Sentíase arrastrado a la suciedad y tenía que batallar heroicamente para no chapalear barro y mugre. Desconocía el infeliz el secreto de la operación y no podía explicarse la atracción que lo tiranizaba.

La historia de los esclavos escitas narrada por Herodoto nos ha refrescado ese cuento, hace tantos años oído. La reflexión ha ido hacia las ataduras que sujetan la vida humana a taras indestructibles. Al regresar los Escitas de la conquista de la Media después de años de ausencia, encuentran cerrado el camino de los hogares. Una prole de jóvenes les salía feroz al paso y para impedirles la entrada habían cavado un foso ancho que cubría una extensión muy vasta. A lo largo de él plantaron sus reales y «resistiendo a los Escitas que se esforzaban para entrar en sus tierras, vinieron a las manos muchas veces, hasta que al ver que las tropas veteranas no podían adelantar un paso contra aquella juventud, uno de los Escitas habló así a los demás: «¿Qué es lo que estamos haciendo? Peleando con nuestros esclavos... Oíd lo que he pensado, que dejando nuestras picas y ballestas, tomemos cada uno de nosotros el látigo de su caballo, y que blandiéndolo en la mano avance hacia ellos; pues en tanto que nos vean con las armas en la mano se tendrán aquellos bastardos miserables por tan buenos y bien nacidos como nosotros sus amos. Pero cuando nos vieren armados con el azote en vez de lanza, recordarán que son nuestros esclavos, y corridos de sí mismos se entregarán todos a la fuga». Y los Escitas hicieron restallar el látigo. Oyólo aquella prole de jóvenes y un espanto tremendo causado por el miedo de los azotes los dispersó enloquecidos. La tara del esclavo los venció. Eran hijos de los esclavos de los Escitas y de sus mujeres infieles.

La tara del liberto es espantosa. Todas las ataduras a la tiniebla son infernales, pero el hombre no se redime de aquella que constituye su propia alma. Los esclavos de los Escitas vieron en éstos un enemigo que había que fulminar. Armaron a sus hijos que eran la prole de jóvenes invencibles y los lanzaron a la batalla. Nada parecía disminuirles su imperio juvenil. Sin embargo, más que las armas que causaban la muerte, había un poder incontenible que los anonadaba. La tara del liberto es espantosa. Los jóvenes Escitas no pudieron resistirla y bastó el sonido del látigo para que sus almas huyeran abatidas.

No se salva ningún liberto de la sumisión al amo. El secreto para dominarlo está en dar con el sonido, o con la voz de mando, o con el lugar en donde precisa poner el puntapié. En cuanto el descubrimiento aparezca, el liberto se perfila siniestro y repugnante. La narración de los Escitas explica a los pueblos la razón de que un hombre conserve su preeminencia mientras viva, no obstante haber menguado la grandeza con que logró imponerse. Domina muchedumbres de libertos. Las ve y las trata como amo. Las humilla, no las respeta. No tiene por ellas ni siquiera estimación. Una vez perdida quieren enfrentársele aunque con timidez, pero él les suena el látigo y vuelven a servirlo, a hacer de turiferarios.

¿Por qué, se preguntan algunos, aquel hombre tan despreciado, tan herido en su decoro, sigue de nuevo a su humillador y lo proclama grande e insustituible? Porque ese hombre, replicamos nosotros, es un liberto. Lo hirieron, le dieron el trato aniquilador y sin embargo, olvida aquella vergüenza para levantar el estandarte de elogio. Recordamos cómo lo escarneció el que ahora ensalza. Recordamos cómo le amargó la existencia a su padre, cómo hizo de él un estropajo público. Y nada hay por detrás que reclame una conducta decorosa ante el personaje que vuelve a pedir el favor colectivo. ¿Superioridad de alma? Nó. Para que esta virtud diera su fulguración tendría que ser muy grande la capacidad del hombre por quien lucha y quiere que los demás luchen. Pero ese hombre no es grande. En su actitud hay ambición. De modo que es otra la explicación.

¿Cuál? La de que es un liberto y necesita el imperio del mando hiriendo sus oídos o sus posaderas. El personaje conoce la sumisión del alma del liberto y la enfila a sus designios cada vez que convenga a sus pasiones. Intente el liberto cerrarle el paso que conquista preeminencia y mando y sentirá rápidamente la mano que lo azota. Es lo único que el liberto recibe vencido, las azotainas. El amo de grandes prestigios se las da sin misericordia seguro de que esa alma está aprisionada por una tara de siglos que no se esfumará jamás.

Para un país esas vidas en sujeción fatal constituyen el estorbo que lo mantiene en una regresión cada vez más peligrosa. El amo las tiraniza en todas las posiciones que llegue a ocupar. ¿Qué seguridades enfrenta el país a detener una conquista, cuando son esas vidas dominadas por taras centenarias las que suben a la atalaya? Se las ve como la prole bastarda enfrentada a los Escitas, blandir el arma fuerte. Cavan también el foso que fortalezca la defensa y mengüe el ímpetu del conquistador. Todo lo preparan con distinguido ánimo. Mas, van a flaquear y huirán. Muy pronto, o es un pavor visible lo que los pone en fuga, o apagan su conciencia como planta marchita. Nada consigue un país con almas así.

Pero si en la defensa de un país son funestas esas vidas caladas por la tara del esclavo, en la conquista de sus defensas son de una fealdad pavorosa. Con ansia desmedida buscan el amo criollo o extranjero. El látigo debe de estar sonando y golpeando. Mientras no lo perciban descargarse humillante no tienen sosiego. El país no existe sino como campo de dominio. ¿Para qué luchan unos hombres por conservar las tierras libres del latifundio y del dominio extranjero? ¿Para qué defienden la electricidad? ¿Para qué las aguas? ¿Para qué las rutas aéreas? Son unos mentecatos que hoy se llaman nacionalistas y

mañana comunistas. Cualquiera que sea el nombre con que pretendan retardar la propiedad privada de tales recursos, en el fondo de sus pretensiones lo que hay es estupidez. Así discurre el liberto cuando ensaya su condenación contra los espíritus libres que se agrupan heroicamente para que un país no sucumba. No puede el liberto sentir los beneficios de la libertad. Para él el látigo es el bien más grande que puede ceñir las carnes del hombre. El látigo gana batallas, es cierto. Pero son las batallas en que unos miserables esclavos enfilan a sus hijos creyéndolos limpios de la indignidad de la esclavitud. Las batallas reales, las que ganan aquellos que se arman para limpiar a la patria de los bastardos, esas batallas sólo las ganan las almas libres. Para dar estas batallas debemos prepararnos.

En la narración de Herodoto encuentra el espíritu libre una enseñanza para la meditación continua. Veamos en ella al país nuestro y cuidémonos de que se extermine el esclavo de los Escitas, ese esclavo con apariencias de hombre libre. Abundante es la prole en éste como en todos nuestros países. El látigo es el secreto para descubrirle su tara siniestra. Apliquémoselo sin misericordia para que doblegue sus ímpetus y osadías. No es natural que siga posesionado de sitios que no debe guardar, porque no es hombre de vigilancia. Su vista es corta y no llega a la distancia en que se sitúan las grandes tempestades que arrollan la vida independiente de un país. Es apocado de conciencia y vacila y se entrega dando paso a la conquista de afuera y de adentro. Es menguado y tor[illegible]. Es veleidoso [illegible]ambia de parecer aunque cometa una [illegible].

Volvemos, ya para [illegible] a esta *Estampa*, al leer su comienzo y encontramos que en el cuento del hombre que tuvo un ojo de cerdo, esta bien señalada la atadura que mantiene esclavo al ser humano a una tiniebla invencible. Contra los ojos injertados y contra las taras de los libertos hay que dar una batalla sangrienta y sin paralelo.

Juan del Camino

Cartago y Junio, de 1931

Persiflage

Cuidado se sacrifica otro Solón

—Colaboración directa—

Para el bachiller don *Luis Carballo*, por el recuerdo que guardo de ciertos versos suyos, y porque, pues estudia leyes en los ratos que le deja libres la dirección del comunismo, tal vez quiera estudiar las de Solón.

Nuestra generación lectora de almanaques sabrá sólo, si acaso eso, la falsa leyenda de la visita de Solón a Creso, y nada más del ilustre ateniense. La leyenda, digo, está comprobada falsa. Pero es verosímil que Solón le haya dicho al multimillonario oriental, que a ningún hombre puede llamársele feliz antes de muerto. Los que no son lectores de almanaques dicen, con demasiado fervor, que leen a Carlos Marx. Porque leen a Carlos Marx, alegan que no quieren leer libros antiguos, ni ocuparse de los antiguos. Les oímos declamar descantando acerca de la libertad, y da pesar verlos encadenados como están a una noción iliberal del tiempo. Solón es contemporáneo nuestro, viéndolo bien. Carlos Marx y sus barbas, son, en cambio, vetusteces. En Rusia, pongo por ejemplo, se está palpablemente más cerca del gran arconte ateniense que del economista romántico alemán. Convengamos siquiera en una cosa: en que Marx contempló teorías, Solón se las vió con realidades. Las teorías ya las hicieron a un lado los rusos, y es con realidades con lo que están luchando. Y las realidades tienen, o parecen tener, la peculiaridad muy notable de asemejarse grandemente. Se ha llegado a temer que Stalin llame trono a la silla de su escritorio y corona a la gorra de astrakán con que se abriga de los rigores del frío moscovita. No conozco a Stalin. Pero desde mi cuartucho de maestro en Heredia, rodeado de mis libros viejos, veo cerca a Solón y recuerdo que lo mismo se llegó a decir de él. Solón y Stalin me parecen de una misma cepa. Solón rehusó corona y trono, y prefirió ejercer la dictadura, hasta que, cosechando descontento, abandonó su patria y viajó. Stalin no necesita ser czar: le basta con ser lo que es, superdictador; y será lo que es hasta que le llegue la hora de descansar viajando. No se me negará que hay hombres que se parecen.

De Solón sé lo que dicen Gilbert, y Busolt; lo que han dicho Androcio, y Aristóteles, y Plutarco. ¡Qué figura tan trágica la suya! Desde luego que, de la tragedia, tenemos todavía un concepto demasiado romántico los de las generaciones actuales. Los que leen almanaques recitan a la manera de Ricardo Calvo; los que leen a Carlos Marx se entusiasman con la Comuna de París. Hay que tener un sentido más antiguo, más hondo, más humano, más seguro, más matemático, en una palabra, de la tragedia, para comprender lo trágico de la figura de Solón. A pocos hombres les ha sido dado poder para rehacer su mundo. Stalin tiene ese poder. Solón lo tuvo. Basta considerar con ojos de adulto, que no con las pupilas encantadas de los niños, las tremendas fuerzas inanimadas entre las cuales nuestro mundo mantiene un inquietísimo equilibrio, para que nos demos cuenta de que la escena es de tragedia. La escena en que aparece la figura de Solón nos la describe Plutarco en trazo magistral de sobriedad y sugestión: "Entonces fue también—dice—cuando la disensión entre los pobres y los ricos llegó a lo sumo, poniendo a la ciudad (Atenas) en una situación sumamente delicada; tanto, que parecía que sólo podía volver de la turbación a la tranquilidad y al sosiego por me[illegible] de la dominación de uno solo: p[illegible] el pueblo [illegible] era deudor esclav[illegible] los ricos; pues o cultivaban para [illegible] pagándoles el sexto, por lo que les llamaban *partisextos* y jornaleros; o tomando prestado sobre las personas, quedaban sujetos a los logreros, unos sirviéndoles, y otros siendo vendidos como de condición de forastero. Muchos había que se veían precisados a vender a sus hijos, pues no había ley que lo prohibiera, o abandonar la patria por la dureza de los acreedores. La mayor parte y los más robustos se sublevaban, y se exhortaban unos a otros a no mirar con indiferencia semejantes vejaciones; sino más bien elegir un caudillo de su confianza, sacar de angustia a los que estaban ya citados por sus deudas, obligar a que se hiciera nuevo repartimiento de tierras, y mudar enteramente de Gobierno." Esto sería en el tercer año de la olimpiada 46, es decir, en el 594 antes de Nuestro Señor Jesucristo. Diógenes Laercio da esa fecha, basándose en el testimonio de Sosícrates de Rodas, que Aristóteles confirma. ¡Contad si habrán pasado siglos! Y sin embargo, al leer el bien redondeado párrafo del más popular de los biógrafos de Solón, me parece que se describe no el pasado de un pueblo abolido hace mucho tiempo sino el futuro muy cercano de este pueblo en qué vivimos.

"Fanias de Lesbos—relata adelante Plutarco—escribe que Solón, con la mira de salvar la patria, usó de artificio con unos y otros prometiendo a los pobres repartimiento de las tierras, y a los ricos la estabilidad de sus créditos; pero el mismo Solón dice que al principio puso con repugnancia mano en el gobierno, por temer la avaricia de los unos y la insolencia de los otros." Así comienza la tragedia.

El nombre de Solón figura entre los de los siete sabios de Grecia, pero no por su labor económica, ni por su obra política, sino por haber escrito poesía amatoria en su juventud, patriótica en su madurez y didáctica en su ancianidad. La *Seisachtheia* no le acarreó más que disgustos con el mundo de afuera y preocupaciones de su propia conciencia. En qué consistía la *Seisachtheia*, no lo sabemos con exactitud. La aristotélica *Constitución de Atenas* dice que fué «la cancelación de todas las deudas públicas y privadas." Androcio, escritor anterior a la época de Aristóteles, había dicho, sin embargo, que sólo había sido una reducción de los intereses que devengaban las deudas, y el abaratamiento de la moneda. Busolt y Gilbert sostienen que todas las deudas fueron canceladas. La definición de términos resulta tan difícil respecto de la Grecia del siglo 6to. a. C. como respecto de la la Rusia actual. *Seisachtheia* significa, haya sido lo que fuere, "quitarse la carga sacudiéndose," esto es, un movimiento de hombros cansados. El comunismo es eso.

Hay que sacudirse los hombros, para arrojar la carga. Lo malo es tanto menear los labios. Hay que saber qué hacer precisamente con las deudas públicas y

privadas que cada día aumentan. Hay que saber qué hacer con el acaparamiento [illegible] la tierra que ya está por convertir [illegible]sta Rica en país de *latifundia*. Hay [illegible]ber qué hacer con el descontento [illegible], sordamente en este comienzo de *mise en scéne*, a las masas. Ya el pequeño productor comienza a adivinar que apenas si le queda una sexta parte de lo que vale su producción. Ya el hombre de campo de Costa Rica, de quien dependía, creíamos, la invariable estabilidad del bienestar costarricense, se está dando cuenta de que forma una clase de la que se abusa; una clase como la de los hektemores de Atenas, la de los que sólo recibían una sexta parte de lo que producían, como dice Plutarco. Hay que darse cuenta, en suma, de que se está en víspera de tragedia, y, como se trata de tragedia en el sentido antiguo, en el sensido religioso de la palabra, hay que ir con moderación, preparándonos calladamente.

¿A quién nombraremos arconte? ¿Quién es el Solón entre nosotros? ¿Y si nos engaña prometiéndonos una cosa a unos y otra a los demás? Los Solones, amigos míos, son políticos. Pensando estoy en el más Solón de nuestros Solones, por viejo, por marrullero, por insigne. ¡Capaz de tánta cosa buena! En su juventud hizo, sino versos, poesía amatoria; luego nos la dió de patriotismo; ahora, si el adjetivo didáctico algo significa, lo describe admirablemente a él. Solón estableció que los padres les enseñaran a los hijos un oficio, so pena de perder el derecho de ser mantenidos por la prole en la ancianidad. Solón puso los burdeles y los gimnasios bajo el dominio del estado. Solón fomentó la inmigración a Atenas. Sólón fué el gran liberal ateniense, y el sábelotodo de su tiempo. Y ricos y pobres, vejados y vejadores, engañados unos y otros con sus contrarias promesas, en un momento crítico de Atenas le dieron ilimitado poder. ¿Por cuál de nuestros Solones nos dejaremos engañar nosotros.? El momento es sumamente crítico para Costa Rica, como para toda la América hispana, como para toda la América. El capitalismo está moribundo; en los estertores de su agonía se revuelve cómo fiera herida y da zarpazos mortales; esperemos dos años más y veremos (¿verdad, jóvenes que leéis a Carlos Marx?) cómo arroja sobre nosotros vómito de pobreza la yanquilandesa fiera herida. ¡Feliz Rusia que tiene un Solón prudente! ¡Ay de nosotros que, fuera de los Solones marrulleros que para salvar la patria engañan a quien convenga engañar, sólo tenemos Soloncitos que están peor aún, porque se engañan a sí mismos!

Lo que conviene es dejar de hablar ya y organizar los soviets. Estar listos para cuando sea preciso asumir el poder. El Colegio Superior de Señoritas nos ha dado el ejemplo. ¡Si como esas chicuelas de los terceros años, hiciéramos caso omiso de las autoridades y nos organizáramos para mantener el orden y regir el país nosotros mismos! Porque el gobierno será nuestro en el instante mismo en que estemos preparados para gobernar mejor que los viejos que han venido gobernándolo. Y ese instante llegará en cuanto nos organicemos gobierno que no clubs; soviets que no universidades populares, hombres de estado que no *dilettanti* sentimentales o iracundos. Con los nervios ni con el hígado no se va a ningún lado. ¡Tengamos músculos y cerebro! Por eso, mejor el Solón más Solón de los Solones, que los comunistas a base de bilis y saliva. Y hay que advertir esto más: son tales comunistas los que hacen necesario—en Atenas, en Rusia, ¿y será de manera distinta en Costa Rica?—que domine uno solo: el político más marrullero.

Persiles

Heredia, junio, 1931.

Las máscaras...

(*Viene de la pág. 349*)

de carreras. El carnaval está casi muerto, y los salteadores de caminos son de cada vez más raros.

La máscara, según mi opinión, debería ser una parte facultativa del vestido, como los guantes. ¿Por qué aceptar un rostro que al mismo tiempo que es una humillación para nosotros es una ofensa para los demás? Cada uno podría escoger para sí la fisonomía que más le gustase, aquella que estuviese más de acuerdo con su estado de ánimo. Cada uno de nosotros podría hacerse fabricar varias y ponerse esta o aquella según el humor del día y la naturaleza de las ocupaciones. Todos deberían tener en su guardarropa, junto con los sombreros, la máscara triste para las visitas de pésame y los funerales, la máscara feroz para las discusiones y los duelos, la máscara patética y amorosa para los *flirts* y los casamientos, la máscara riente para ir a la comedia o a las cenas con los amigos, y así por el estilo.

Me parece que las ventajas de la adopción universal de la máscara serían muchas:

1.ª) Higiénica. Protección de la piel de la cara.

2.ª) Estética. La máscara fabricada por encargo nuestro sería siempre mucho más bella que la cara natural y nos evitaría la vista de tantas fisonomías idiotas y deformes.

3.ª) Moral. La necesidad de disimular—es decir, de componer nuestros rostros con arreglo a sentimientos que casi nunca experimentamos—se vería muy reducida, limitada únicamente a la palabra. Se podría visitar a un amigo desgraciado sin necesidad de fingir con la fisonomía del rostro un dolor que no sentimos.

4.ª) Educativa. El uso prolongado de una misma máscara—como demuestra Max Beerdohm en su *Happy Hypocrite*—acaba por modelar el rostro de carne y transforma incluso el carácter de quien la lleva. El colérico que lleve durante muchos años una máscara de mansedumbre y de paz, acaba por perder los distintivos fisonómicos de la ira y poco a poco también la predisposición a enfurecerse. Este punto debería ser profundizado: aplicaciones a la pedagogía, al cultivo artificial del genio, etc. Un hombre que llevase durante diez años sobre la cara la máscara de Rafael y viviese entre sus obras maestras, por ejemplo, en Roma, se convertiría con facilidad en un gran pintor. ¿Por qué no fundar, basándose en estos principios, un Instituto para la fabricación de talentos?

Giovanni Papini

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica